

Más allá que un susurro



Francisco Méndez Vilorio



Más allá que un susurro



Francisco Méndez Vilorio



Serie Literatura - Número 6

Más allá que un susurro
© *Francisco Méndez Viloria*

Por la 1ra Edición:
© Fondo Editorial Ramón Villegas Izquier
Asociación Civil Colectivo Literario “Ramón Villegas Izquier”
San Carlos - Venezuela

fondoeditorialramonvillegasi@gmail.com

Coordinación General:
Johnny Figueroa

Edición y Diseño:
Eduardo Mariño

Corrección:
Johnny Figueroa

Ilustración de Portada:
Imagen del autor generada por IA

ISBN 978-980-8187-08-3
Depósito Legal: CO2026000020

Dedicatoria

*A la memoria de mi abuela, Norma Rodríguez,
cuya perdida encendió en mí la chispa de la literatura.*

*A mi esposa y a mi hija, por darle orden,
rumbo e impulso a mi vida.*

*Y a aquellos lectores que buscan cruzar
el umbral de lo desconocido.*

Agradecimiento

A Dios creador del universo. A mis padres, por la crianza y las bases de mi vida. A los amigos que contaron estas historias en aquellas noches de reunión, de manera especial a los que ya no están en este mundo, pero dejaron su huella. A quienes creen en la fuerza de la constancia y en el arte de transformar las vivencias en historias.

Prólogo

Si has abierto este libro pensando que vas a leer simples cuentos de camino, leyendas para espantar niños o relatos de aparecidos contados al borde de un fogón, aún estás a tiempo de cerrarlo. Vuelve a tu rutina. Vuelve a la mentira de que las luces de la ciudad y el ruido del progreso nos han vuelto intocables.

La sabana no olvida. La tierra de Cojedes no perdona.

Durante generaciones nos enseñaron a llamar “susurros” a todo lo que no podíamos explicar en voz alta: al crujido de la madera en mitad de la noche, al viento helado que llega sin aviso, a sombras que se alargan, a sonidos que se escuchan donde no hay nadie. Nos convencimos de que no eran más que ecos de superstición.

Qué cómodo. Y qué mortalmente equivocados.

Lo que habita en estas páginas no se queda en el rumor. Lo que acecha en los confines de cada rincón oscuro y en los caños, no busca tu fe: busca tu carne, tu cordura y tu presencia. Las fuerzas antiguas de la naturaleza. Esos que caminaban por la tierra mucho antes de que el primer hombre trazara un mapa no han desaparecido; solo han aprendido a mimetizarse entre nosotros, a cobrar sus deudas en silencio y a disfrazar sus atrocidades tras la fachada de “un trágico accidente” o “un ahogamiento” o cualquiera de esas fatalidades silenciosas.

Estás a punto de cruzar un umbral del que no se regresa intacto. Cada página que pases es una puerta que abres en la oscuridad. Y cuando sientas que la piel se te eriza y que el aire a tu alrededor se vuelve extrañamente denso, entenderás por qué este libro no se llama un susurro.

Porque lo que viene a buscarte... está mucho más allá.

Bienvenido a Cojedes. Pasa la página si te atreves.

Cuando los huesos bailan

El asfalto caliente de la ciudad quedó atrás como una pesadilla distante. Para cualquiera que pasara semanas atrapado entre el tráfico, el humo de los escapes y las paredes de concreto, la promesa de la sabana abierta no era solo un plan de fin de semana: era una necesidad.

Nuestro destino era la pasar el fin de semana en la finca de Luis, y celebrar su cumpleaños que era en un par de días. Que se sitúa en las profundidades del llano venezolano, en el corazón del estado Cojedes. Luis siempre había sido el miembro más excéntrico de nuestro grupo. Tenía esa sonrisa amplia de quien guarda un secreto y un sentido del humor afilado que oscilaba entre la broma pesada y la verdad oculta. Cuando nos invitó, sus palabras exactas resonaron en el grupo como una llamada a la aventura:

Muchachos, les prometo un banquete de primera, pesca y, sobre todo, una desconexión total del mundo moderno. Allá la señal de teléfono no existe.

Esa última frase, en lugar de espantarnos, fue el gancho definitivo.

El viaje en las motocicletas se convirtió en una odisea por derecho propio. Guiados por las indicaciones que el GPS de nuestros teléfonos aún lograba procesar antes de perder la cobertura por completo, nos adentramos en una red de caminos de tierra polvorienta. Durante horas, el rugido constante de los motores se mezcló con los gritos, los chistes repetidos que ya todos nos sabíamos de memoria y los tragos de licor compartidos en cada parada improvisada a la orilla del camino. El polvo del llano se nos pegaba a la ropa, se nos metía en los ojos y nos dejaba la garganta seca, pero el entusiasmo de la escapada eclipsaba cualquier

incomodidad.

Cuando por fin divisamos los portones de la propiedad, el sol comenzaba a bajar, tiñendo el horizonte de un tono anaranjado fuego.

Luis nos esperaba junto a la entrada de la casa. Al apagar los motores, el silencio de la sabana cayó sobre nosotros de golpe, solo interrumpido por el canto lejano de las aves silvestres.

¡Hasta que al fin llegan, muchachones! exclamó Luis, saliendo a nuestro encuentro.

Nos recibió con un abrazo estruendoso, de esos que te sacan el aire del pecho, acompañado de una sonrisa enorme. Había algo en su mirada, una chispa de picardía que prometía diversión, pero que también dejaba entrever que tenía preparado algo más para nosotros. Algo que aún no nos revelaba.

La primera jornada transcurrió con la fluidez de los reencuentros memorables. La casa olía a madera, humedad y comida casera. Nos acomodamos entre risas, soltando el equipaje y destapando las primeras botellas. La comida fue un espectáculo abundante y criollo que devoramos con el hambre acumulada del viaje, todo escoltado por varias cervezas bien frías que iban desapareciendo a un ritmo constante.

Al caer la tarde, cuando la brisa del llano empezó a refrescar el ambiente, caminamos hacia un riachuelo que cortaba parte del terreno. Sentados en las orillas de barro, lanzamos los anzuelos al agua tranquila mientras la luz del día moría.

Luis tomó la palabra, aderezando la tarde con historias sobre la fauna local: desde caimanes enormes que habitaban en los esteros, hasta animales extraños que, según él, solo salían a cazar cuando la luna estaba llena. Algunas historias eran tan ridículas que nos hicieron reír a mandíbula abierta, obligándonos a espantar a los peces con nuestras

carcajadas.

En ese momento ya estábamos ebrios, llenos de libertad y buen humor, nadie notó cómo la sombra de la noche se tragaba lentamente los contornos del paisaje, ni el modo sutil en que los ruidos habituales del campo comenzaron a apagarse a medida que la oscuridad se volvía total.

La mañana siguiente comenzó con el sol picante de Cojedes filtrándose por las rendijas de la casa. El guayabo de la noche anterior nos pesaba en las sienes, pero el aire fresco del campo y el aroma a café recién colado nos devolvieron la energía. Tras un desayuno rápido, nos equipamos con botas y machetes para explorar un sector más remoto de la finca; un área salvaje de vegetación tupida que, según Luis, guardaba los mejores paisajes de la propiedad.

A medida que nos adentrábamos en la maleza, el terreno se volvía más hostil. Las picas se cerraban, el rastro de la civilización desaparecía por completo y el calor de la sabana empezaba a apretar, haciendo que la humedad se sintiera densa.

Fue Felipe quien se detuvo primero.

Iba al frente de la caminata, apartando las ramas secas con un vara, cuando su pie tropezó violentamente con un obstáculo oculto entre el matorral. Felipe se agachó para ver con qué se había golpeado.

Al apartar las hojas y las raíces secas, se quedó congelado. Su rostro perdió el color de golpe.

Muchachos... miren esto susurró con la voz entrecortada por un escalofrío helado.

Nos acercamos con curiosidad, pero al ver lo que yacía medianamente oculto en la tierra, la sangre se nos congeló a todos. Semienterrado entre el barro seco y las espinas, blanqueado por el sol y el tiempo, descansaba un esqueleto humano. Un cráneo nos miraba con sus cuencas vacías, rodeado por las costillas y las extremidades esparcidas por

la vegetación.

La conversación y la camaradería de la mañana murieron al instante. El silencio de la sabana volvió a caer sobre nosotros, pero esta vez no se sentía pacífico; se sentía pesado, opresivo, cargado de un presagio oscuro.

Pero mientras Felipe y el resto de los muchachos retrocedíamos instintivamente con un nudo en la garganta, Luis dio un paso al frente.

Lejos de mostrar sorpresa, asco o preocupación, sus ojos se iluminaron con esa chispa de locura que todos le conocíamos. Observó los restos durante segundos y, de repente, soltó una carcajada estruendosa que cortó el aire seco del campo como un látigo.

¡Miren lo que tenemos aquí! exclamó con un entusiasmo fuera de lugar.

Sin mostrar el más mínimo respeto por la muerte, Luis se agachó, estiró la mano y sujetó con firmeza el fémur, levantándolo en el aire como si fuera un trofeo. Lo sostuvo entre los dedos y miró fijamente la estructura ósea antes de voltearse hacia nosotros con una sonrisa burlona.

¡Este sujeto, por la forma y tamaño del hueso, al parecer era un buen bailarín! dijo con un sarcasmo escalofriante, agitándolo en el aire. ¡Ya sé! Le voy a invitar formalmente a mi cumpleaños, mañana 22 de septiembre a las 8:00 de la noche. ¡Seguramente el camarada podrá animar la fiesta!

El comentario, soltado con tanta ligereza en mitad de la inmensidad del monte, nos dejó completamente sin habla. Nadie rió. Nadie se movió. El eco de la risa de Luis resonó contra los árboles lejanos, adquiriendo un eco siniestro y distorsionado que hizo que se me erizara la piel de los brazos.

Luis, suelta eso, no juegues con esa mierda... alcanzó a murmurar uno de los muchachos, tragando saliva.

¡Ay, qué delicados son estas señoritas de la ciudad! respon-

dió él, tirando el hueso de vuelta al matorral con descuido.

Intentamos quitarle importancia al asunto mientras caminábamos de regreso a la casa. Quisimos convencernos de que solo era otra de las bromas pesadas de Luis, una exageración más de su peculiar y retorcido sentido del humor llanero. Sin embargo, por más que la luz del sol brillaba en lo alto, una sensación de profunda incomodidad y desasosiego se instaló en el pecho de todos.

La noche cayó de golpe sobre el municipio Ricaurte, borrando cualquier rastro de luz y envolviendo el lugar en un manto negro e impenetrable. A pesar de la incomodidad que nos había dejado el hallazgo, Luis insistió con vehemencia en salir a cazar. Nos aseguró que la noche estaba buena y que no podíamos irnos sin probar la adrenalina de la cacería.

Aceptamos más que todo por no llevarle la contraria, que por verdadero entusiasmo.

Equipados con linternas de mano y avanzando a pasos lentos, nos internamos de nuevo en la sabana. La regla era clara: andar en el más absoluto silencio, pisar con cautela para no partir ramas secas y alumbrar solo lo necesario para no espantar a las presas.

Sin embargo, el silencio del monte se volvió nuestro peor enemigo. En la penumbra, mientras nuestras botas se hundían en la tierra fresca, las palabras que Luis había dicho unas horas atrás sobre la osamenta resonaban en nuestras mentes como un eco maldito. Le voy a invitar a mi cumpleaños... seguramente podrá animar la fiesta. El recuerdo de su risa sarcástica nos ponía los pelos de punta. Cada crujido de las hojas, cada ráfaga de viento helado que movía el follaje, nos hacía apretar el agarre de las linternas.

Avanzamos quizás unos 40 minutos cuando, de repente, Luis se congeló en seco.

Todos nos detuvimos al instante, aguantando la respira-

ción. El haz de luz de su linterna tembló por una fracción de segundos antes de fijarse en un punto denso y oscuro entre las sombras de los árboles.

Nadie dijo nada, pero el aire a nuestro alrededor se volvió pesado, espeso, como si la temperatura hubiera bajado varios grados de golpe.

Ahí está... murmuró Luis.

Su voz no sonaba normal. No era la voz pausada o burlona de nuestro amigo, ni la del anfitrión alegre que nos había recibido con un abrazo. Era una voz rasposa, grave, vacía de emoción humana, que pareció salirle desde lo más profundo del pecho.

Ahí está... mi invitado especial, susurró, sin apartar la mirada fija de ese punto entre la maleza. Tal parece que no se quiere perder la fiesta.

Un escalofrío violento nos recorrió la columna vertebral a todos. Apuntamos rápidamente nuestras linternas hacia la dirección que él miraba, desesperados por ver qué era. Pero los haces de luz solo rebotaban contra los troncos viejos, las ramas cruzadas y la tupida vegetación de la sabana. No había nada. Solo la oscuridad absoluta y el follaje espeso.

Sin embargo, el terror nos oprimía la garganta. Ninguno de nosotros podía ver la figura de la que hablaba Luis, pero la certeza de que algo invisible y malévolo nos observaba desde la penumbra se volvió insoportable. El miedo era físico; podíamos oír los latidos desbocados de nuestros propios corazones en el silencio de la noche.

Lo peor no era la noche, ni el monte: era el propio Luis. Su postura rígida, sus ojos abiertos de par en par fijos en la nada y esa sonrisa torcida que se le dibujaba en el rostro nos aterraban más que cualquier leyenda.

Luis... vámonos alcanzó a decir Felipe, con la voz temblando. Ya es suficiente, hermano. Vámonos a la casa.

Luis no respondió de inmediato. Lentamente, giró el cue-

llo hacia nosotros. En el reflejo de la luz de nuestras linternas, su mirada lucía hostil, cargada de una amenaza latente que nunca le habíamos visto. Por un segundo terrible, sentimos que ya no estábamos con nuestro amigo, sino con un extraño impredecible en medio de la nada.

¿Se van a acobardar tan rápido? dijo con esa misma voz alterada, dando un paso lento hacia nosotros.

La tensión en el grupo llegó a su punto de quiebre. Sabiendo que estábamos a varios metros de cualquier ayuda y a merced de la oscuridad, empezamos a insistirle juntos, midiendo cada palabra con extrema cautela para no alterarlo más. Usamos la excusa del cansancio, del frío y de la preparación de su fiesta del día siguiente para persuadirlo.

Fueron los minutos más largos de nuestras vidas. Finalmente, tras un silencio sofocante, la rigidez del cuerpo de Luis pareció ceder levemente. Pestañeó varias veces, como si regresara de un trance, y soltó una pequeña risita ahogada.

Está bien, vamos a la casa, dijo, dándonos la espalda para iniciar el regreso, parecía una costumbre llanera asustar al citadino con este tipo de cosas.

Pero no dijimos una sola palabra durante toda la caminata de vuelta. Caminamos a paso apresurado, mirando constantemente por encima del hombro, sintiendo que a cada metro que dábamos, una sombra nos seguía de cerca.

La noche del 22 de septiembre llegó envuelta con el júbilo inconfundible del llano. La finca, que la noche anterior parecía asfixiada por la sombra y el miedo, ahora vibraba con una energía festiva y desbordante. El motivo lo valía: era el cumpleaños del anfitrión, y en el campo las fiestas no se celebran a medias.

El patio central se había transformado en un gran caney iluminado. Las notas del arpa, el cuatro y las maracas rebotaban contra la madera, tejiendo una melodía vibrante

y contagiosa que invitaba al baile. El suelo de tierra seca resonaba bajo los pasos de los invitados, y una densa nube de polvo se levantaba con cada zapateo, testimonio vivo del fervor de los danzantes.

El ambiente era un festín para los sentidos. En una esquina del patio, los cortes de carne en vara humeaban lentamente sobre las brasas de leña, liberando un aroma ahumado e irresistible que se mezclaba en el aire con el olor penetrante del licor y la cerveza helada. Risas, brindis y gritos de camaradería resonaban por encima de la música. Por unas horas, el episodio del esqueleto en la maleza y la extraña actitud de Luis en el monte parecieron quedar al olvido, enterrados por la alegría de la celebración.

Sin embargo, la tregua estaba a punto de terminar.

De pronto, justo cuando las agujas del reloj marcaron las 8:00 en punto de la noche, una ráfaga de viento helado e intempestivo irrumpió en la fiesta. No era la brisa cálida habitual de la sabana; era un soplo helado que hizo ondear las palmas del techo, bajo la intensidad de los fogones por un segundo y nos erizó la piel. Las notas del arpa parecieron desafinar por un instante y un silencio repentino en nuestros oídos, casi instintivo, cayó.

Fue en ese momento cuando lo vimos.

Como si emergiera desde un umbral invisible entre dos mundos, apareció un hombre. Era de estatura media, delgado y de piel morena pero surcada por una palidez peculiar. Vestía un impecable liqui liqui oscuro y un sombrero negro. En sus pies, unas alpargatas de cuero de ganado con matices blanco, marrón y negro que crujían con peso a cada paso.

Su mirada, fija y carente de parpadeo, recorrió el patio entero hasta posarse en una joven hermosa. Tenía el cabello negro azabache recogido en una elegante trenza en espiral, coronada por un sujetador con forma de flor, y llevaba un

vestido azul adornado con motivos florales de enfoque tradicional que ondeaba levemente con la brisa.

El sujeto se acercó a ella con lentitud. Se detuvo a poca distancia y, inclinando el torso en una reverencia caballeresca y ceremoniosa, le extendió la mano. La joven, hipnotizada por una fuerza que no comprendía, aceptó el gesto.

Al unirse en el centro de la pista, sus ojos quedaron atrapados en un trance absoluto, cautivados el uno del otro. Los músicos ejecutaban un pasaje llanero suave, y la pareja comenzó a desplazarse con una postura erguida y elegante. Se movían sobre pasos fluidos y silenciosos, girando suavemente y estirando los brazos con adornos cautivantes.

Pero la calma duró apenas unos compases.

De manera seca y autoritaria, el sujeto volteó el rostro hacia el grupo musical. Al chasquido seco de sus dedos, el arpista detuvo las cuerdas como golpeadas por un rayo y, sin pausa, la agrupación reventó de inmediato con un joropo recio, acelerado y violento.

El extraño cambió su postura por completo: se encorvó ligeramente, con la tensión de un animal, y con un latigazo seco de su pierna derecha dio inicio al verdadero espectáculo.

El suelo de tierra repicó con zapateos fuera de todo orden humano. Eran golpes rapidísimos, tajantes y perfectamente sincronizados con el ritmo frenético del arpa. Dieron giros imposibles, vueltas con los brazos cruzados, tomándose por momentos el sombrero para hacer alardes y dedicar reverencias burlonas a los únicos que sabía que podían mirarlo. A su lado, la falda azul de la joven dibujaba en el aire figuras de una belleza hipnótica.

Era un espectáculo único, magistral y profundo.

Sus movimientos, precisos y helados, desafiaban toda lógica física. Lo más aterrador de la escena es que nadie más en la fiesta parecía percatarse de la presencia del extraño ni

del baile frenético; conversaban y bebían como si la pista estuviera vacía, a excepción de Luis y sus amigos, quienes observaban.

La noche avanzó en una espiral sin tiempo y la pareja continuó danzando, ajena por completo al mundo que los rodeaba. Inmersos en la música bajo el manto estrellado del llano, la brisa helada que había llegado con el extraño parecía bailar a su alrededor en remolinos invisibles, como si la mismísima naturaleza estuviera celebrando un pacto en Cojedes.

La noche avanzó sin tregua y la pareja no paraba de bailar.

Como impulsado por la presión invisible, al cumplirse exactamente las 9:00 de la noche, el hombre detuvo el baile de forma abrupta pero impecablemente elegante.

Sostuvo la mano de la mujer por un último segundo, la soltó con delicadeza y se retiró el sombrero en una despedida galante. Al erguirse, una sonrisa enigmática y helada se dibujó en sus labios, mientras sus ojos, ocultos en la penumbra del ala del sombrero, brillaban con una intensidad inusual. Sin pronunciar una palabra, dio media vuelta y caminó hacia las afueras del caney, disolviéndose en la oscuridad tan silenciosamente como había llegado.

La mujer permaneció de pie en el centro de la pista, balanceándose levemente, con el pecho agitado y la mirada completamente perdida en el vacío.

De inmediato, sus amigas corrieron hacia ella, rompiendo el círculo de asombro y rodeándola en un torbellino de preguntas angustiadas:

¡Muchacha, por Dios! ¿No sabíamos dónde estabas? Tómándola por los brazos. ¿Con quién estabas bailando?

La dama pestañeó despacio. Tenía la cara pálida y los labios secos. Respondió con una voz débil, como si sus palabras vinieran desde el fondo de un pozo o desde el interior

de un sueño:

Estaba... estaba bailando con aquel hombre... murmuró, pasándose una mano temblorosa por la frente. ¿Cuánto tiempo pasó?

La mujer parecía sumida en un trance absoluto, atrapada bajo el peso de un hechizo. Intentó girarse y señalar con el dedo hacia el portón del patio para mostrarle al elegante llanero, pero su brazo se quedó congelado a mitad de camino. Su mirada buscó frenéticamente entre la multitud y la penumbra, pero no logró visualizarlo.

Trató con todas sus fuerzas de evocar de nuevo el rostro del desconocido en su mente, de recordar el color de sus ojos o la textura de su traje, pero su propia memoria se desvanecía a una velocidad aterradora, como si intentara sostener arena fina entre los dedos. Por más que se esforzaba, una fuerza desconocida e implacable le iba borrando cada imagen, cada sensación y cada detalle del encuentro, dejando solo un hueco frío y confuso en sus recuerdos.

En el rincón del patio, Luis y su grupo de amigos observaban la escena en silencio absoluto.

Las amigas de la joven la llevaron a prisa hacia una silla de madera bajo el corredor, abanicándola desesperadamente mientras la muchacha luchaba por respirar, presa de una leve descompensación. Luis y el resto observaban la escena entre murmullos de confusión; aquello no era algo común ni normal en las parrandas del llano.

Luis contemplaba el tumulto, en sus venas corría la sangre firme de llanero, acostumbrado a no darle la espalda al peligro ni a amilanarse en su propia tierra. Sabía que, como anfitrión y dueño de la casa, le correspondía dar la cara y buscar explicaciones sobre la persona extraña que había irrumpido en su fiesta y dejado a la joven en ese estado.

Ajustándose la camisa y apretando los puños, caminó con pasos firmes hacia la penumbra que rodeaba la propiedad.

A pocos metros de la casa principal, envuelto en las sombras de la noche, se erigía la estructura de un antiguo caney abandonado. Allí, apoyado contra uno de los horcones de madera, se divisaba la silueta del desconocido. Soplaban pausadamente densas nubes de humo de lo que parecía ser un cigarrillo o un tabaco, cuyo fuego chispeaba débilmente en la oscuridad.

Luis avanzó con lentitud, sintiendo cómo el crujido de hojas bajo sus botas retumbaba en medio del silencio del monte. Sin embargo, antes de que pudiera articular palabra y cuando aún no terminaba de acercarse por completo, la figura en la penumbra habló primero.

Le agradezco por la invitación... pronunció el hombre con una voz pausada, profunda y sin la menor vibración.

Luis se congeló en el sitio, completamente desconcertado. Un escalofrío helado arropó su cuerpo por entero y los vellos de los brazos se le erizaron de golpe. Sintió un ramalazo de pánico en la memoria, porque no recordaba haber invitado formalmente a semejante sujeto a su cumpleaños.

Yo... yo nunca lo he visto a usted antes alcanzó a responder Luis, frunciendo el ceño y tratando de sostener la mirada entre la sombra del sombrero del desconocido.

Una sensación aplastante de que estaba frente a algo inexplicable, antiguo y aterrador se apoderó de él. Trató de tragar saliva, pero tenía la garganta seca como el esparto.

Disculpe... ¿quién es usted? Logró formular Luis con voz temblorosa, sintiendo un nudo amargo atascado en el estómago. ¿Qué fue lo que le sucedió a esa señorita?

El hombre del caney permaneció en silencio por unos segundos. Lentamente, giró el cuerpo y se voltio hacia él. A la tenue luz de la noche, la leve y enigmática sonrisa que adornaba sus labios se borró de golpe, siendo reemplazada por una expresión tan fría e implacable.

La respuesta del hombre no vino acompañada del movi-

miento común de los labios humanos. Su voz resonó profunda, cavernosa y tenebrosa; a los oídos de Luis no le pareció una voz normal, sino un retumbo antiguo que parecía surgir directamente desde las entrañas de la propia tierra.

Por la señorita no te preocupes... ya se sentirá mejor dijo la figura, con una calma que infundía pavor. Es solo la energía pura y natural. Tampoco entiendo qué es lo que te extraña. Fui invitado formalmente por ti y llegué puntual a las ocho... ¿No te parece?

Y bueno... pude demostrarte que sí sabía bailar. De eso era de lo que tanto te reías ayer, mientras te burlabas de mis restos.

Al escuchar aquellas palabras, Luis palideció hasta perder el último rastro de color. Sintió como si miles de agujas heladas le atravesaran las venas. La risa sarcástica de la mañana anterior, el fémur sostenido en el aire como un trofeo y la broma pesada del cumpleaños regresaron a su mente no como una gracia, sino como un recuerdo oscuro, macabro y perturbador.

En ese instante, el alcohol y el orgullo se le cayeron de golpe. Luis comprendió la terrible realidad: el sujeto erguido frente a él era el difunto cuyos huesos había ridiculizado. Los ojos del desconocido brillaron en la sombra con una fijeza insostenible, cargados de una furia vengativa. De pronto, el ruido distante del arpa en la fiesta, el canto de los grillos y la luz de las estrellas parecieron extinguirse; todo a su alrededor se oscureció por completo, sumiendo a Luis en un vacío helado.

Lentamente, el hombre se llevó una mano al ala de su sombrero, se lo quitó con una reverencia pausada y lo sostuvo contra el pecho.

Te Agradezco disfrute del baile agregó la voz, pero ya debo retirarme. Sin embargo, antes de irme, tengo una petición para ti, querido amigo.

Dio un paso al frente, acortando la distancia de forma amenazante.

Debes buscar mis huesos y llevarlos al campo santo. Específicamente al fondo, donde se alza la ceiba. Tienes que hacerlo a media noche en la próxima luna llena... De lo contrario, te enfrentarás a una venganza que la pagarán tú y el resto tu familia de generación en generación.

Antes de que Luis pudiera gritar, rogar o articular una palabra de auxilio, la oscuridad absoluta lo envolvió. Lo último que sus ojos lograron registrar fue el brillo intenso, rojo y deslumbrante en las cuencas del desconocido, justo cuando su mente se nubló y la conciencia se le apagó por completo.

Un rayo de sol abrasador entro por la ventana y le golpeó el rostro.

Luis abrió los ojos, tomo una bocanada de aire. Estaba tendido en su cama, dentro de la casa, rodeado por el silencio de la mañana siguiente. La fiesta había terminado, el polvo del patio se había asentado y el dolor de cabeza le retumbaba en las sienes.

Sintió un alivio fugaz pensando que todo había sido una pesadilla producto del licor.

La puerta de la habitación se abrió con un chasquido seco. La esposa de Luis cruzó el umbral con pasos apresurados, llevando en las manos un paño húmedo. En su rostro se dibujaba una mezcla acentuada de alivio y desesperación; sus ojos, ligeramente hinchados, se clavaron en él con angustia al verlo incorporado sobre el colchón.

¡Al fin despiertas, por Dios! exclamó ella, acercándose a la cama para ponerle una mano en la frente. Nos tenías con el corazón en la boca.

Luis se pasó una mano torpe por la cara, sintiendo que la cabeza le daba vueltas en un mareo pesado. Las sienes le palpitaban como si alguien estuviera golpeando un tambor

dentro de su cráneo.

¿Qué... qué pasó? Murmuró él, con la voz rasposa por la sequedad de la garganta.

Anoche te conseguimos desmayado en medio del patio dijo ella, soltando un suspiro cargado de reproche y susto. Saliste y al rato me extrañe, porque no volvías a entrar, cuando salí a buscarte, me sorprendió encontrarte así, tirado en la tierra como si te hubieran vaciado el cuerpo. ¡Nos hiciste pasar un susto, Luis! Tuve que pedirles ayuda a los muchachos para cargarte y traerte hasta la cama.

Las palabras de su esposa resonaban en sus oídos con un eco distante. Mientras se ponía en pie con dificultad, Luis intentó desesperadamente aferrarse a una explicación lógica. Quiso convencerse a sí mismo de que todo aquello, el baile, la voz subterránea en el caney abandonado y la terrible amenaza sobre la ceiba, no había sido más que un delirio, una pesadilla atroz provocada por el exceso de licor y por haber comido tanta carne en vara.

Se lavó la cara con agua helada y bajó lentamente a la cocina. La luz matutina inundaba el comedor, y el aroma a café recién colado intentaba devolverle una sensación de normalidad a la casa. Sin embargo, la duda persistía en su pecho como una espina enterrada.

Se sentó a la mesa frente a su plato. Su esposa se acercó con la jarra de café y, mientras le servía, lo observó con una expresión inquisitiva y preocupada.

Oye, Luis... empezó a decir ella, bajando el tono de voz. Por cierto ¿acaso discutiste con alguien cuando saliste? Ya estabas ebrio y te pones insoportable.

Luis se congeló con el tenedor a medio camino de la boca. Con esa pregunta, la frágil fortaleza mental de Luis se desmoronó por completo. Las palabras del desconocido retumbaron en su memoria con la fuerza de un trueno: *De lo contrario te enfrentarás a una venganza que pagarán tú y*

el resto tu familia de generación en generación.

La mano de Luis empezó a temblar descontroladamente. El tenedor resbaló de sus dedos y se estrelló contra el plato y el suelo, produciendo un chirrido y un sonido metálico seco que resonó con violencia en el silencio absoluto de la cocina.

¡Luis! Exclamó su esposa, sobresaltada.

Él ni siquiera se agachó a recogerlo. Se quedó petrificado, mirando un punto fijo en la mesa. La imagen del difunto, con su traje pulcro sin mancha de polvo, su sonrisa congelada y esa mirada macabra cargada de sed de venganza, inundó su mente por completo. Sentía el pecho oprimido por la punzante y despiadada realidad de lo que había vivido.

No había sido un sueño. No había sido el alcohol ni la carne. Lo que creyó que era una pesadilla era un mandato real, una orden del más allá que debía cumplir a cabalidad. Estaba en deuda con una fuerza antigua, y si no pagaba por su insolencia antes de la próxima luna llena, el precio lo cobrarían con la sangre de los suyos.

Luis recogió el tenedor del suelo con la mano temblorosa, lo colocó sobre la mesa y miró a su esposa a los ojos, haciendo un esfuerzo sobrehumano por sostener la voz.

¿Cómo... cómo terminó la fiesta? preguntó con un hilo de voz. ¿Qué dijeron los invitados? Dios mío, qué vergüenza tengo con la gente... ¿Y los muchachos?

Se pasó los dedos por las sienes, apretando los ojos para simular una confusión alcohólica.

La verdad es que no recuerdo nada sobre como terminó la noche... por favor, me cuentas.

Su esposa suspiró profundamente, jalando una silla para sentarse frente a él. Le explicó que, tras su desmayo y un extraño incidente con una joven en la pista de baile, el ambiente festivo se había desplomado por completo. Murmu-

llos de incomodidad corrieron entre los presentes; la música del arpa se apagó poco a poco y los invitados comenzaron a retirarse con excusas apresuradas. Los muchachos, confundidos y alarmados, prefirieron recoger sus cosas a primera hora de la mañana y regresar a sus hogares, dejándole saludos y pidiéndole que descansara.

Al escuchar el relato, la sospecha en el pecho de Luis se convirtió en una certeza aplastante. No había ayuda que esperar de sus amigos; estaba completamente solo contra la sombra que él mismo había invocado en la sabana.

Desesperado y con el tiempo corriendo en su contra, Luis esperó a que la tarde cayera para tomar su camioneta y dirigirse a las afueras del pueblo. Decidió buscar a un hombre conocido en las adyacencias por sus trabajos espirituales: un hechicero de edad avanzada, respetado y temido por manejar con destreza los misterios de la brujería y el mundo de las ánimas.

Con una mezcla de esperanza ciega y un terror reprimido en la garganta, Luis golpeó la puerta de madera roída. Al ser atendido, pidió una consulta de urgencia. Se sentó en el pequeño y penumbroso recinto atestado de imágenes de santos, frascos con raíces y velones consumidos, y comenzó a relatar lo sucedido, omitiendo pocos detalles en su afán por encontrar una explicación o una vía de salvación.

El viejo hechicero lo escuchó en absoluto silencio, con el ceño fruncido. Tras pedirle sus datos personales y su fecha de nacimiento, tomó un tabaco entre sus dedos agrietados y comenzó a encender las primeras velas del altar para invocar a sus espíritus protectores e indagar en la sombra que perseguía a Luis.

Pero el ritual se rompió antes de empezar.

Apenas el curandero pronunció en voz alta el nombre completo de Luis, una corriente de aire helado cruzó la habitación a pesar de que las ventanas estaban herméticamente

te cerradas. Las llamas de las velas chispearon y se extinguieron de golpe, una a una, como si una garra invisible las hubiera ahogado.

El brujo se quedó paralizado. La piel del cuello se le erizó de forma violenta y su rostro, curtido por los años, se tornó sombrío y cenizo. Sin más nada que decir, se levantó con prisa y con las manos temblándole levemente. Buscó en un rincón sus implementos de protección más fuertes: se cruzó el pecho de collares sagrados, se ató cordones trenzados en las muñecas y apretó amuletos de azabache contra su pecho. Era evidente que no se estaba enfrentando a una simple corriente de aire o a una rabieta de un muerto común.

Volvió a sentarse frente a Luis y tomó nuevamente el tabaco. Al acercarle el fósforo, el tabaco no solo prendió de inmediato, sino que soltó un chisporroteo violento y elevó una llama roja con una fuerza descomunal, iluminando la estancia con una luz siniestra.

De pronto, el brujo volteó el rostro bruscamente hacia su propio altar. Los ojos del anciano se abrieron de par en par, fijos en la nada, mientras sus orejas se tensaban como si estuviera escuchando un susurro atronador que solo resonaba dentro de su cabeza. El pánico le desencajó los rasgos.

Sin dudarlo un segundo, el curandero barrió la mesa con el brazo, recogiendo sus implementos con un desespero ciego. Se puso de pie, señaló la salida con un dedo tembloroso y, con una voz rasposa que vibraba de terror, expulsó a Luis de la casa.

¡Vete! ¡Vete de aquí inmediatamente! gritó el viejo, retrocediendo hacia el fondo del altar. ¡Yo no puedo meter mis manos ahí! ¡Fui advertido en este mismo instante!

¡Pero maestro, por favor, ayúdeme! suplicó Luis, levantándose de la silla con las manos en alto.

¡No puedo! ¡Es demasiado peligroso! sentenció el brujo, cerrándole el paso con una mirada aterrorizada. Ese no es

un difunto cualquiera... ¡Fuera de mi casa antes de que esa sombra entre por mi puerta!

Luis salió a la calle con pasos torpes y el alma desmoronada. Si un hombre que dedicaba su vida a lidiar con el mundo espiritual y las fuerzas de la noche había terminado desprovisto de valor, expulsándolo con pánico en los ojos, ¿qué esperanza le quedaba a él, un simple mortal? El polvo seco del camino se adhería a las llantas de su camioneta; cada gramo de tierra apelmazada se escuchaba como una astilla.

En el cielo, el sol, convertido en un foco llameante y agonizante a punto de extinguirse en el horizonte, pintaba el llano con matices violentos de naranja, rojo sangriento y ceniza. Era un paisaje hermoso pero amenazante, que presagiaba la oscuridad absoluta que estaba a punto de desplegarse sobre el pueblo y su propia existencia.

Al acercarse a la plaza central, el tañido grave, rápido y pausado de la campana de la iglesia rasgó el aire del atardecer. Era el lúgubre llamado a la última oración del día, un retumbo metálico que, paradójicamente, le ofreció a Luis un último destello de esperanza en medio de su penumbra.

Eran las siete en punto. La vibración de la última campanada se desvaneció lentamente en la brisa de la tarde, dejando tras de sí un silencio pesado, que hacía palpar el corazón de Luis con un ritmo acelerado y doloroso dentro de su pecho.

Con la mirada fija, se detuvo frente a la imponente estructura del templo. Las paredes de la iglesia se alzaban erosionadas por el paso implacable de los años, con la pintura desconchada por el sol abrasador y el clima inclemente de los llanos venezolanos. Luis levantó la mano derecha, torpe y temblorosa, y trazó una firme señal de la cruz, intentando aferrarse a un último escudo.

Al cruzar el portón de madera pesada, el aroma a incien-

so añejo, cera quemada y humedad acumulada lo envolvió de golpe. La penumbra reinaba en el interior del recinto sagrado. Solo unas cuantas velas parpadeaban débilmente frente al imponente altar mayor; las sombras proyectadas sobre las estatuas de los santos alargaban y distorsionaban sus figuras de madera, haciéndolas parecer entidades vivas que lo observaban desde las alturas. Luis sintió un escalofrío al percibir cómo los rostros tallados parecían juzgarlo con una mezcla de lástima y severa advertencia.

En la parte central se respiraba el peso de siglos de fe, promesas y plegarias acumuladas entre las paredes de mampostería. Luis sintió también las miradas invisibles pero punzantes de un par de feligreses dispersos entre los bancos, sombras arrodilladas en el anonimato.

Avanzó por el pasillo central, se dejó caer sobre la madera fría de un banco y se arrodilló. Apretó los puños, cerró los ojos con fuerza y comenzó a susurrar una oración entre dientes. Era una súplica desesperada, un lamento ahogado que se elevaba hacia el alto techo del templo, buscando una respuesta o una mano divina que lo librara del mandato atroz antes de que la luna alcanzara su plenitud.

Un golpe repentino y firme sobre su espalda se sintió como una descarga eléctrica atravesando su espina dorsal.

El cuerpo de Luis, tensado hasta el límite por la angustia y el cansancio acumulado, se estremeció de golpe. Estuvo a punto de saltar del banco con el corazón desbocado, pensando que la sombra de la sabana lo había alcanzado hasta el propio altar.

Levantó la vista lentamente, revelando unos ojos enrojecidos y acuosos por el llanto contenido. Al enfocar, se encontró con la mirada serena y amable del sacerdote de la parroquia. Detrás de él, al fondo del templo, la imponente imagen de Cristo crucificado parecía observarlo desde la altura con una mezcla indescifrable de juicio severo y com-

pasión infinita.

Padre... logró articular Luis. Su voz fue apenas un susurro ronco que raspó contra las paredes secas de su garganta. No sé qué me pasa... tengo mucho miedo.

El sacerdote era un hombre ya entrado en años, con el rostro curtido por la inclemencia del sol llanero y las manos gruesas y callosas, marcadas por el trabajo constante de reparación que él mismo le realizaba a la vieja estructura de la iglesia. El viejo cura emanaba la calma de quien conocía bien los dolores y las flaquezas de los hombres del campo.

Calma, hijo. Respira dijo el cura con tono apacible, haciendo un gesto para que se acomodara.

Con un movimiento pausado, el párroco lo invitó a sentarse a su lado en uno de los bancos de madera desgastada. La iglesia permanecía envuelta en un silencio denso y pesado, roto únicamente por el aleteo ocasional o el tronar distante de algún pájaro que buscaba refugio bajo los aleros del techo antes de que la noche terminara de cerrar.

Luis se dejó caer en el asiento, sintiendo por primera vez en días que el peso sobre sus hombros encontraba un pequeño punto de apoyo en medio de la tormenta.

El miedo, hijo, es una sombra que nos acecha a todos dijo el párroco con voz suave y tranquilizadora, colocando su mano gruesa sobre el hombro de Luis. Pero la fe es la única luz capaz de disiparlo. Cuéntame... ¿Qué es lo que te perturba tanto?

Luis dudó. Apoyó los codos sobre las rodillas y apretó los puños, sintiendo que el pulso le retumbaba en los oídos. ¿Cómo explicar aquello que desafiaba toda razón? ¿Cómo hablarle a un hombre de Dios sobre un difunto de traje impoluto que bailaba en el caney? ¿Cómo poner en palabras esa sensación constante de ser acechado por algo antiguo, helado y maligno que no pertenecía al mundo de los vivos?

Me va a tomar por loco, pensó Luis con desesperación.

Pensará que perdí el juicio por la bebida o que alguna culpa me está haciendo delirar.

Sin embargo, al levantar la vista y buscar la cara del cura, no encontró sospecha ni burla. La mirada del anciano era genuina, cargada de una calma profunda y comprensiva que parecía una invitación abierta a desahogar el alma.

Luis tomó una bocanada de aire, sintiendo cómo el olor a cera quemada y maderas viejas llenaba sus pulmones. Luego, con la voz temblorosa, pero sin pausas, comenzó a hilar la confesión. Le ofreció al sacerdote un resumen detallado y amargo de todo lo ocurrido: el hallazgo en la maleza, el acto inconsciente de tomar el fémur, la aparición del elegante desconocido en su fiesta de cumpleaños, la danza hipnótica con la muchacha, la advertencia mortal, la luna llena y el violento rechazo del hechicero del pueblo esa misma tarde.

A medida que las palabras salían de su boca, el templo parecía volverse cada vez más silencioso, como si las propias paredes estuvieran escuchando la revelación.

El sacerdote permaneció en absoluto silencio. No interrumpió ni una sola vez, ni hizo gesto alguno de sorpresa o incredulidad. No lo juzgó ni se persignó con espanto; se limitó a escuchar con los ojos fijos en el altar.

Cuando Luis terminó su relato, la garganta le dolía por la sequedad. Avergonzado, bajó la mirada hacia el suelo desgastado, incapaz de sostener la vista. Un silencio denso, cargado de tensión, misterio y una gravedad casi palpable, se apoderó del espacio entre ellos dos, suspendido bajo la sombra del Cristo crucificado.

El sacerdote permaneció inmóvil unos segundos más. Luego, con una pesadez solemne en sus movimientos, se puso en pie. Caminó a pasos lentos hacia el altar mayor y se inclinó tras la mesa de madera donde celebraba las eucaristías. De un compartimento bajo la estructura, retiró

un cofre pequeño de madera oscura y herrajes de bronce desgastados por los siglos.

Al regresar al banco, abrió la tapa con delicadeza y extra-jo un crucifijo de plata, oscurecido por el tiempo, pero con un brillo profundo y espiritual en su labrado. Lo sostuvo firmemente con ambas manos frente a los ojos de Luis.

Esta situación es grave, Luis... mucho más grave de lo que alcanzas a imaginar dijo el cura, y por primera vez su voz perdió la dulzura matutina para tornarse en un tono grave, duro como la piedra. Perturbaste a un difunto que ya descansaba en plenitud con la naturaleza en su mayor esplendor, en un rincón de la sabana que es donde reposan los mayores secretos del mundo.

Luis tragó saliva con dificultad, sintiendo que el frío del templo se le metía en los huesos.

Tenemos que buscar una solución eficaz y rápida continuó el párroco, mirándolo fijamente a los ojos. Pero de algo no debes tener la menor duda: tienes que cumplir con la petición del difunto. Debes ir a la maleza, buscar sus restos y recoger hasta el último fragmento de sus huesos, con el mayor respeto y reverencia posible. Sin embargo, para salir con vida de allí, debes seguir mis instrucciones al pie de la letra.

Luis asintió en silencio, petrificado.

Lleva contigo este crucifijo dijo el cura, entregándole la pieza de plata. Tiene una preparación espiritual especial y milenaria. Pero atención: debes llevarlo completamente oculto bajo tu ropa. Que ninguna entidad pueda notarlo a simple vista.

El sacerdote hizo una pausa prolongada. Su mirada se volvió sombría.

Y lo más importante de todo: debes ir acompañado por un niño de al menos tres años de edad. La pureza de su alma será tu mayor y más impenetrable protección. Y bajo

ninguna circunstancia, oye bien lo que te digo, ¡no vayas a soltar al niño ni por un solo segundo mientras estés en camino a la ceiba!

¿Un... un niño, Padre? preguntó Luis, con la confusión y el pánico marcados en los rasgos de su rostro. ¿Por qué un niño? Por Dios, ¿cómo voy a llevar a una criatura a un lugar tan oscuro?

La inocencia es un poder inmenso, Luis respondió el párroco con convicción absoluta. Es una luz tan pura que repele la oscuridad más rancia. Nada que no pertenezca a este plano terrenal podrá tocarte ni hacerte daño mientras sostengas esa inocencia en tus brazos. Solo sostenlo fuerte.

El viejo sacerdote se inclinó un poco más hacia él, tomándolo del brazo con una presión firme.

Ten mucho cuidado. Esa entidad lo sabe y es astuta. Intentará engañarte, creará visiones, ruidos y susurros para hacer que te aterrorices, cedas al pánico y sueltes o te separes del niño de alguna manera. ¡No vayas a ceder! Mantente firme en tu fe, aferrado al crucifijo oculto y a la criatura.

Cumple con lo que te he dicho al pie de la letra y confía en la protección de Dios le dijo el sacerdote con solemnidad, colocando una mano firme sobre su hombro. Que la luz divina te guíe y te proteja en ese oscuro camino.

Con un “amén” ahogado en la garganta y unas sinceras y respetuosas buenas noches, Luis se despidió del párroco.

Al salir de la iglesia, una profunda gratitud inundó su ser, mezclada con una renovada chispa de esperanza que parecía devolverles la energía y la vida a sus músculos entumecidos. El miedo a lo desconocido seguía agazapado en los rincones de su mente, pero ahora se hallaba en gran parte eclipsado por la fortaleza, la guía y la promesa de auxilio espiritual que el anciano sacerdote le había brindado.

Paso a paso, con la mente trabajando a mil por hora y sintiendo el peso frío del crucifijo oculto bajo su camisa, Luis

emprendió el regreso a su hogar.

Al cruzar la entrada de su casa, su esposa lo esperaba en la sala. Al verlo llegar, la genuina preocupación se dibujó de inmediato en sus facciones. Con un gesto amable pero cargado de regaño contenido, se levantó a servirle la cena.

Luis, se te ve completamente agotado. Has pasado horas fuera de casa dijo ella, acercándole un plato caliente a la mesa. Tienes que comer algo; temprano en la mañana solo dejaste el plato entero y saliste disparado sin mediar palabra.

Luis se sentó en silencio. Mientras masticaba despacio, sintiendo el sabor insípido de la comida, sabía que no podía seguir ocultando la verdad. Las instrucciones del cura exigían una logística imposible sin la ayuda o al menos el conocimiento de su compañera de vida. Dejó los cubiertos a un lado, miró fijamente la madera de la mesa y decidió dar el paso más difícil.

Oye... empezó a decir con voz cautelosa, tanteando el terreno. ¿Qué niño pequeño tenemos más cercano en la familia o en el vecindario que tenga al menos dos o tres años de edad?

Su esposa se detuvo en seco con la jarra de agua en la mano. Lo miró con extrañeza, parpadeando desconcertada.

¿Un niño? ¿Para qué necesitas averiguar eso ahora, Luis?

Con un suspiro profundo y tembloroso, comprendiendo que ya no había escapatoria ni excusas válidas, Luis tuvo que revelar todo. Le contó punto por punto lo sucedido desde la noche del cumpleaños: la aparición del difunto, la maldición que pesaba sobre su hogar, la visita fallida al brujo y, finalmente, la pavorosa solución que le había dado el sacerdote en la iglesia.

La noticia de que su esposo necesitaba un infante de tres años como requisito indispensable para enfrentarse a una

fuerza macabra retumbó en la cabeza de la mujer con la fuerza de un martillazo. No fue solo el compromiso sobrenatural lo que la horrorizó, sino el inmenso y absurdo peligro que eso representaba para los suyos.

¿Estás loco, Luis? susurró su esposa con los ojos anegados en lágrimas, llevándose las manos a la boca en un gesto de espanto absoluto. ¿De verdad se te ocurre pensar que alguien en este pueblo permitirá que lleves a un niño ajeno a un cementerio en plena medianoche?

Las palabras de ella cayeron como plomo sobre sus hombros.

Ponte en los zapatos de cualquier padre continuó ella, con la voz quebrada por la indignación y el terror. Dime la verdad: si estuvieras en su lugar, ¿permitirías que un vecino se llevara a nuestro hijo a una locura semejante? Ya es todo un hombrecito y se encuentra estudiando fuera del estado... pero sabes muy bien que tú mismo jamás lo hubieras permitido si fuera un niño. ¡Es una demencia!

Como un chispazo repentino en medio de la oscuridad, un recuerdo asaltó la mente de Luis. Abrió los ojos de par en par, deteniendo el debate con un movimiento de mano.

Espera... un momento dijo Luis, con la respiración acelerada. ¿Cuántos años tendrá Samuelito?

Su esposa lo miró, desconcertada por el cambio abrupto de tema.

Mi ahijado... el hijo de mi compadre Samuel continuó Luis, conectando las piezas en su cabeza. Lo bauticé hace unos años. Debe estar rondando los tres cumpleaños, o muy cerca de cumplirlos. ¡Es perfecto! Viven algo alejado, pero están cerca de la localidad.

La mujer soltó una exclamación de incredulidad, cruzándose de brazos con dureza.

¿Estás perdiendo el juicio, Luis? ¿De verdad crees que Samuel te va a entregar a su hijo así como así?

Luis suspiró pesadamente, dejándose caer hacia atrás en la silla y frotándose las sienes con los dedos mientras el dolor de cabeza regresaba con fuerza.

Cariño, por favor, escúchame bien suplicó él, intentando mantener la calma. No estoy diciendo que voy a ir a arrebatárselo ni a obligarlo. Solo necesito saber si existe al menos la posibilidad.

¿Posibilidad de qué, Luis? le cortó ella, con la voz cargada de una mezcla de rabia y espanto. No me lo imagino. ¿Cómo te imaginas tú yendo a la puerta de su casa a convencer a Samuel y a su esposa de que te entreguen a la criatura como si fuera un chivo para un sacrificio? ¿Te van a echar a escobazos!

Luis se levantó de la mesa y se acercó a ella con pasos lentos. Le tomó las manos con desesperación, buscando algo de comprensión en su mirada.

Sé que suena completamente descabellado, lo sé mejor que nadie... reconoció él con la voz rota. Pero no tengo más opciones. Samuel no es cualquier vecino; es mi compadre. Hemos compartido media vida, hemos corrido monte adentro cazando, pescando en los esteros y pasando mil peripecias desde nuestra adolescencia. Entre nosotros hay un pacto de hermandad.

Su esposa apartó las manos bruscamente, sacudiendo la cabeza con una mueca de incredulidad y sarcasmo punzante.

¿Y qué vas a hacer, ah? ¿Le vas a decir la verdad? ¿Le vas a explicar que necesitas llevarte a su hijo de tres años a medianoche a un cementerio para protegerte de un fantasma que te está cobrando una falta? ¡Párate a pensar en lo que dices, Luis!

Luis encogió los hombros, con la mirada perdida en el suelo de la cocina. El peso de la vergüenza y la impotencia lo aplastaba.

No lo sé... murmuró con un hilo de voz, derrotado. No sé qué decirle todavía.

Pero por más que su mente le gritaba que era una locura imposible, sabía perfectamente que no podía detenerse. El tiempo corría inexorable hacia la noche de la luna llena, y la sombra del difunto no perdonaría demoras.

Con los hombros caídos y el alma hecha pedazos, Luis agradeció la comida en un susurro, le pidió permiso a su esposa con la mirada y se retiró en silencio hacia el baño para ducharse, buscando en vano que el agua fría lavara el terror que se le había metido bajo la piel.

El agua fría de la regadera caía a borbotones sobre su cabeza y su espalda, pero era incapaz de lavar o aliviar la pesada tensión que le atenazaba los músculos. Tenía el cuerpo agarrotado por el estrés, y su mente trabajaba a un ritmo frenético, intentando visualizar una y otra vez cómo sería la conversación al día siguiente con su compadre Samuel. ¿Qué palabras usar? ¿Cómo estructurar una petición que, vista desde cualquier ángulo racional, parecía la confidencia de un lunático?

¿Cómo se supone que voy a convencer a un padre de que me entregue a su hijo para meterlo de noche en un cementerio?, se repetía con desesperación.

La luna llena... pensó de repente, mientras levantaba la vista y veía cómo el vapor del baño empañaba por completo el espejo frente a él.

La noche siguiente sería luna llena. El plazo ineludible se acercaba a pasos agigantados y el margen de maniobra se reducía a cenizas. Aquel difunto de traje impecable había sido tajante, oscuro y profundamente amenazante con su advertencia sobre las “consecuencias inesperadas para ti y tu familia”. Solo recordar el tono de esa voz en su cabeza hacía que la sangre se le helara en las venas, paralizándole el aliento.

Cerró la llave del agua, salió de la ducha con movimientos torpes y se secó la piel de prisa con una toalla áspera antes de vestirse con ropa limpia y cómoda para dormir.

Al entrar a la habitación, encontró a su esposa ya acostada. Ella le daba la espalda por completo, envuelta en las sábanas con una rigidez que hablaba por sí sola. Luis contuvo un suspiro amargo, se deslizó con extremo cuidado al otro extremo de la cama.

Se acostó boca arriba, con los ojos fijos en la oscuridad del techo, sintiendo de manera palpable la fragilidad y el peso del silencio que flotaba entre ambos. No intentó decir una sola palabra; sabía de sobra que cualquier intento de explicación en ese momento sobraba. Todo lo que tenía que decir ya había quedado expuesto, flotando en el aire como una sentencia de muerte.

En la negrura de la habitación, la culpa por haber tomado aquel maldito fémur y el terror de lo que se avecinaba se entrelazaban peligrosamente, alimentando una desesperación sorda que no lo dejaba cerrar los ojos.

Su mente, atrapada en un bucle sin salida, retrocedió de golpe a la noche de la fiesta: el cambio repentino en el clima, la llegada de aquel aire helado, la certeza absoluta de una presencia oscura plantada en el caney, y finalmente, esa voz profunda, resonando dentro de su cráneo como un eco de ultratumba, dictando las condiciones de un trato del que ya no podía huir.

Para Luis, la perspectiva de regresar a la maleza y desenterrar los restos del difunto no era lo que le quitaba el sueño. Al fin y al cabo, se trataba de un trabajo físico, de una penitencia silenciosa que podía cumplir con sus propias manos y el debido respeto. El verdadero terror, el muro infranqueable que lo mantuvo con los ojos abiertos mirando el techo durante toda la madrugada, fue el dilema del niño. Pasó las horas dando vueltas en la cama, atrapado en

un laberinto de pensamientos tormentosos, sin encontrar una sola salida que no sonara a locura o traición a su propia moral.

Cuando los primeros rayos del sol comenzaron a filtrarse tímidamente por la rendija de la ventana, pintando las paredes con un tono grisáceo, Luis se levantó de la cama con el cuerpo destruido por el insomnio y la tensión. Comprendió que de nada servía seguir lamentándose; el tiempo se había agotado y tenía que armarse de una determinación de hierro para encarar lo inevitable.

Se vistió con ropa de trabajo, preparó un café bien cargado en la cocina a oscuras y salió de la casa con pasos silenciosos, evitando despertar a su esposa. Al cruzar a las afueras, el aire fresco y húmedo de la madrugada llanera le acarició el rostro con suavidad, pero fue totalmente incapaz de disipar la losa de plomo que sentía apretándole el pecho.

Sin hacer ruido, subió a su vieja camioneta. Giró la llave y el chirrido metálico del motor roncando en la mañana rompió de golpe el silencio absoluto de la calle. Metió la marcha y emprendió el viaje hacia la casa de su compadre.

El trayecto le pareció insoportablemente largo, casi eterno. Cada curva del camino de tierra, cada árbol de la sabana que dejaba atrás y cada pequeña vivienda rural le recordaban la magnitud de la misión que tenía por delante. Sabía perfectamente que en ese recorrido no solo se jugaba la seguridad y la paz de su hogar frente a la amenaza espectral; estaba poniendo en juego algo sagrado: los años de lealtad, hermandad y confianza ciega que Samuel y su esposa habían depositado en él desde la juventud.

A lo lejos, finalmente divisó la estructura familiar de la casa de su compadre Samuel. Era una pequeña y acogedora casa de campo, en un terreno rodeado de árboles frutales y un huerto floreciente que siempre desprendía un aroma a tierra viva y verde. Era un auténtico oasis de paz y armonía,

un rincón que ahora mismo, con la culpa carcomiéndole el alma, sentía que estaba a punto de perturbar para siempre.

Luis respiró hondo, llenando los pulmones de aire fresco para armarse del valor que le faltaba, estacionó la camioneta frente a la entrada. Apagó el motor, bajó del vehículo con lentitud y caminó hacia la puerta principal arrastrando los pies, sintiendo que cada paso multiplicaba el peso de la responsabilidad sobre sus hombros.

Dio tres golpes suaves pero firmes en el marco de madera. Se quedó esperando, con el corazón latiendo desbocado en el pecho, sintiendo los latidos como golpes sordos en sus oídos.

Unos segundos después, la puerta se abrió con un crujido leve, revelando el rostro sonriente y bonachón de Samuel.

¡Compadre! Qué alegría verte por aquí tan temprano. ¡Pájaro de mar por tierra! exclamó Samuel, soltando esa expresión tan típica del llano. Su sonrisa, sin embargo, se fue desvaneciendo al notar la rigidez en el semblante de su visitante. ¿Qué te trae por aquí tan temprano, compadre? ¿Todo bien en tu casa?

Luis intentó devolverle la sonrisa, pero el gesto le salió forzado, incapaz de disimular por completo la tormenta de tensión que se arremolinaba en su mirada.

Compadre... necesito hablar contigo. Es algo sumamente importante dijo Luis con voz baja, midiendo cada palabra.

Samuel frunció el ceño de inmediato. La curiosidad e inquietud reemplazaron la alegría de su bienvenida, aunque prefirió no hacer preguntas en el corredor. Se hizo a un lado, abriendo la puerta de par en par.

Pasa, compadre, pasa. María está en la cocina preparando el desayuno. Ven, toma asiento para que comamos algo y tomemos un café bien caliente.

Luis entró a la casa con pasos vacilantes. De inmediato, la calidez del hogar lo envolvió: el grandioso y penetrante

aroma del café recién colado y el olor inconfundible de las arepas dorándose en el budare llenaron sus fosas nasales, un recordatorio cruel de la normalidad hogareña de la que él ya se sentía expulsado sin aun haber contado nada.

Desde el fondo del pasillo, María apareció con una sonrisa amable, secándose las manos con un paño de cocina limpio.

¡Hola, compadre! Qué sorpresa verlo por aquí tan temprano dijo ella con dulzura. Siéntese, por favor, ya mismo le sirvo el desayuno.

Luis asintió con la cabeza, pero hizo un esfuerzo titánico y no se movió hacia la mesa. Sabía perfectamente que, si se sentaba a comer y a seguir el juego de las formalidades, el valor se le escaparía por las manos. Tenía que hablar con ellos ahora mismo, antes de que el desayuno fuera servido y la situación se volviera todavía más difícil de sostener.

Compadres... lo que tengo que hablar con ustedes es sumamente delicado comenzó Luis, con la voz tensa y quebrada por la urgencia. Quizás les suene a fantasía, a un disparate o a una mentira inventada, pero les juro por mi vida que es la pura verdad.

Al escuchar el tono de su voz, Samuel y María se miraron de inmediato con profunda preocupación. La absoluta seriedad y angustia en el rostro de Luis les disiparon cualquier rastro de duda: aquello no era una broma ni un simple apuro de dinero. Algo verdaderamente grave estaba ocurriendo.

María, con la intuición aguda de madre, miró hacia el pasillo y luego a su esposo.

El niño todavía está durmiendo dijo ella con voz suave, arrojando el paño de cocina entre sus manos. Vamos a dejar esto aquí un momento. Mejor tomemos café afuera, y hablamos.

Sí... eso sería perfecto, respondió Luis, tragando saliva con dificultad. Para él era vital mantener la calma, la claridad mental y una mínima sensación de seguridad antes de soltar la bomba que llevaba guardada.

Salieron al exterior en silencio. El sol de la mañana ya brillaba con una fuerza implacable, dorando el paisaje con su luz intensa, pero Luis era totalmente incapaz de sentir su calor. El miedo lo envolvía como un manto helado, adormeciéndole la piel.

Se dirigieron a un rincón fresco del patio y se sentaron en unos rústicos bancos de madera bajo la densa y generosa sombra de un frondoso árbol de mango.

A su alrededor, el canto de las Paraulatas y el zumbido de la brisa matutina contrastaban brutalmente con el silencio que se instaló entre ellos. Luis apoyó los codos en las rodillas, juntó las manos y respiró hondo, cerrando los ojos por un instante mientras buscaba desesperadamente las palabras adecuadas para comenzar a narrar la pesadilla que amenazaba con destruirlo todo.

Sé que es muy difícil de creer... lo sé perfectamente comenzó Luis, con la voz temblorosa pero firme, clavando sus ojos en los de su compadre. Pero necesito que me escuchan con absoluta atención y que confíen en mí. Mi vida, la tranquilidad de mi hogar y la de mi familia dependen exclusivamente de esto.

María se inclinó hacia adelante, apretándose las manos con nerviosismo. Su voz, aunque suave, delataba un miedo creciente.

Compadre... nos está asustando de verdad. ¿Qué está ocurriendo?

Sin perder un solo segundo más, y sin omitir un solo detalle por miedo a sonar absurdo, Luis comenzó a relatar los hechos. Les contó de la osamenta, y como tomo aquel hueso y ofendió con sarcasmo y burla, de la aterradora apa-

rición del difunto en el caney durante la celebración, describiendo el frío sobrenatural y la furia contenida de aquella entidad.

Samuel frunció el ceño de inmediato. Al principio, un destello de escepticismo cruzó por su mirada, intentando restarle gravedad al asunto para tranquilizar el ambiente.

¿Un difunto? ¿Te refieres a que moviste unos restos y ahora te andas con alucinaciones? preguntó Samuel, soltando una risa nerviosa y moviendo la cabeza. Compadre, con todo el respeto del mundo... ¿no será que con los tragos de la fiesta te afectó la imaginación y pasaste una mala noche?

Luis negó con la cabeza con vehemencia, golpeando levemente sus rodillas con los puños cerrados.

¡No, compadre! ¡Te juro que no! exclamó con desesperación—. Fue real, tan real como este sol que nos está alumbrando. Me dijo en resumidas cuentas que le falté el respeto en el lugar de su descanso, y que debo reparar la ofensa o atenerme a las consecuencias.

Hizo una pausa, tragando saliva con dificultad antes de dar el paso más difícil.

Y ahora... ahora necesito cumplir con sus condiciones, pero debo tener protección al hacerlo.

María, con el rostro demudado y los ojos anegados en un terror sordo, se inclinó aún más hacia él.

¿Protección? ¿De qué tipo? ¿De qué estás hablando?

Luis bajó la voz hasta convertirla en un susurro áspero, casi inaudible bajo el zumbido del viento en las hojas del mango:

El sacerdote de la parroquia me dijo... me dijo que la inocencia es el arma más poderosa que existe. Que la pureza de un niño de al menos tres años serviría como el único escudo capaz de protegerme contra esa entidad en el cementerio...

Un silencio denso, pesado y sepulcral cayó de golpe so-

bre el jardín. Samuel y María intercambiaron una mirada congelada, atrapados entre el horror absoluto y la más pura confusión.

Por un segundo nadie respiró. Entonces, Samuel se puso en pie de un salto tan brusco que el banco de madera rechinó fuertemente contra la tierra. Tenía las manos hechas puños y la voz le temblaba.

¿Estás queriendo decir...? bramó Samuel, con los ojos abiertos de par en par. ¿Estás viniendo a mi casa a decirme que quieres que te entreguemos a mi hijo... a mi Samuelito, para usarlo como un amuleto contra esa cosa?

Luis levantó las manos de inmediato, con las palmas abiertas en un gesto elocuente de súplica, sintiendo que el corazón se le desbocaba.

¡Compadre, por favor, entiéndeme! ¡Te lo suplico, no lo digo a la ligera! exclamó Luis con la voz rota, ahogada por la angustia. Estoy completamente desesperado. El cura me explicó con lujo de detalles que esta es la única forma de protegerme; me advirtió que si voy al campo santo sin las precauciones necesarias, lo peor me espera, y no solo a mí, sino a todos los míos.

A unos pasos de allí, María no pudo contenerse más. Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos, escurriéndose por sus mejillas con un dolor sordo y profundo.

Pero es nuestro hijo, compadre... ¿Cómo puedes siquiera sugerir algo así? balbuceó ella, con la voz quebrada por el llanto y la indignación. Mi bebe es tan pequeño, tan inocente... ¡No podemos ponerlo en peligro de ninguna manera!

Luis dio un paso al frente, acercándose a ellos con la mirada suplicante y la garganta hecha un nudo.

Lo sé, comadre... lo sé mejor que nadie, y te juro que me avergüenzo en el alma de tener que pedirles algo tan monstruoso confesó él, tragando saliva con dolor. Pero créanme,

si existiera cualquier otra alternativa en este mundo, jamás me atrevería. No es para sacrificarlo; Dios me libre, preferiría mil veces morir yo antes de que mi ahijado sufriera un daño. El sacerdote me juró que mi protección será su inocencia, porque esa pureza es un arma tan poderosa contra las sombras que resulta inexplicable... o al menos eso fue lo que entendí.

Samuel dio un paso al frente y lo apartó con brusquedad, sacudiendo la cabeza con una mezcla de rabia e incredulidad.

¡No hay ninguna forma en este mundo de que vayamos a permitirlo! —bramó Samuel, con el rostro encendido de ira. ¿De verdad crees que te vamos a entregar a nuestro hijo para que lo uses de escudo humano contra esa cosa solo por salvarte el pellejo? ¡Ni lo pienses! ¡Se acabó la discusión!

Al escuchar la sentencia inapelable de su amigo de toda la vida, la poca fuerza que le quedaba a Luis se desvaneció por completo. Se dejó caer de nuevo sobre el banco de madera, desplomado y con los hombros hundidos, derrotado por la cruda realidad.

Entonces... estoy condenado murmuró Luis con un hilo de voz, mirando fijamente la tierra polvorienta. Y mi familia conmigo.

Al ver el estado de destrucción en el que se encontraba su compadre, la dureza en el rostro de María comenzó a disolverse, reemplazada por una profunda y dolorosa empatía. Dio un paso hacia él, acercándose con una mezcla de miedo palpable y compasión infinita.

Compadre... debe haber alguna otra solución. No nos podemos rendir así como así dijo ella con voz suave, arrojándose a su lado. Samuel está cegado por la rabia y el susto, pero nosotros no vamos a dejar de apoyarte de alguna manera. Tiene que haber otra puerta...

El silencio volvió a caer sobre el patio, esta vez mucho

más pesado, denso y sofocante que antes. El sol seguía su curso inexorable en el cielo, ni la más intensa de sus luces doradas lograba disipar la sombra helada de la desesperación que se cernía sobre el lugar.

Durante varios minutos, todos permanecieron absolutamente inmóviles bajo la sombra del mango, atrapados en el centro de un torbellino invisible de miedo, desesperación y una profunda desconfianza que había agrietado los cimientos de su amistad.

Luis rompió el silencio de golpe, dando un paso al frente con la voz teñida de una urgencia febril.

Compadres... ya no tengo mucho tiempo. Balbuceaba, mientras caminaba de un lado a otro sobre la tierra, mordiéndose las uñas y con los ojos anegados por el cansancio extremo de no haber dormido además del terror paralizante por lo que se le venía encima. Tengo que ir a buscar esos malditos huesos que estaban regados en la maleza, y debo entrar al cementerio antes de la medianoche. El difunto fue muy claro... tengo que dirigirme directo a la ceiba, esa que está al fondo del camposanto, bajo la luz de la luna.

A su lado, María lo miraba con los ojos abiertos de par en par, con una expresión que él jamás le había visto antes: una mezcla de lástima y horror, como si estuviera contemplando a un desconocido que acababa de perder la razón.

Luis sabía de sobra que no tenía opciones. Comprendía con cada fibra de su ser, que, si no cumplía, ocurriría lo peor.

Samuel, con los brazos cruzados con fuerza sobre el pecho, tenía el rostro endurecido como la piedra. Miró a su amigo de toda la vida, escrutando cada gesto de su rostro demacrado.

No me gusta esto, compadre... Para nada me gusta murmuró Samuel con voz ronca, negando lentamente con la cabeza. Pero te conozco de toda la vida. Eres como mi her-

mano, y aunque todo esto parece sacado de un mal sueño, las palabras que dices y la desesperación en tus actuaciones me hacen creer que, de algún modo absurdo, estás diciendo la verdad.

Antes de que Samuel pudiera terminar, Luis lo interrumpió con un tono suplicante, casi desesperado:

¡Escúchenme bien! Yo no quiero poner a Samuelito en peligro, ni a ninguno de ustedes, se los juro por lo más sagrado. Esta ayuda que les pido es real, lo sé perfectamente... es difícil, es una locura, sí, ¡lo sé! Pero es la única forma cuerda que se me ocurre para salir de esto.

Tomó aire con dificultad, sintiendo que las lágrimas amenazaban con romper su propia resistencia, y los miró a los ojos con la voz temblando por completo:

Esta noche... por lo que más quieran en la vida, esta noche los necesito, solo... espérenme afuera del cementerio con el niño.

Al escuchar esas palabras, el último dique de contención de María cedió. Se llevó ambas manos a la boca, ahogando un sollozo desgarrador, y soltó un grito de pura angustia:

¡No! ¡Por favor... ya no sigas!

Luis ignoró por completo el grito de María. Con la mirada febril, clavada directamente en los ojos de su amigo, dio un paso al frente y continuó hablando con una determinación que rozaba la locura.

Compadre... lleva tu rifle dijo Luis, con la voz extrañamente serena, helada por la desesperación. Si no salgo de regreso con el niño, o si ves a distancia que las cosas se ponen feas y que esa cosa me ha ganado, simplemente márame de una vez. No sé de qué otra manera pedirte esto, ni siquiera sé si tendré la fuerza mental para resistir, con solo pensar en lo que me estará esperando allá adentro en esa oscuridad.

Un silencio absoluto, volvió a tragarse los sonidos del

jardín. María se encogió sobre sí misma, llorando de forma desconsolada con el rostro enterrado entre las manos, mientras Samuel se quedaba petrificado, mirando a Luis con una mezcla feroz de incredulidad, dolor y una rabia sorda.

Pasaron varios segundos larguísimos antes de que Samuel abriera la boca. Su voz ya no tenía nada de la calidez habitual; sonaba áspera, distante, como la de un extraño.

Estás loco, compadre... completamente loco susurró Samuel, cerrando los ojos por un instante antes de exhalar un suspiro profundo y cargado. Pero no puedo dejarte ir solo a esa trampa de muerte... Si vamos a hacer esta locura, será a mi manera.

¡No! ¡No, por Dios! gritó María interrumpiéndolos, incorporándose de golpe entre sollozos y con los ojos desorbitados. ¡Tiene que haber otra manera! ¿Por qué no intentamos otra cosa? ¿Y si llevamos un muñeco de trapo bien envuelto y cubierto con sábanas para simular que es la criatura? ¡Tal vez eso sirva!

Los tres se quedaron en total silencio ante la propuesta. Sin embargo, el mismo instinto llanero, la sabiduría de los ancestros que se respira en los campos de Cojedes, hizo que tanto Luis como Samuel descartaran la idea de inmediato con un gesto apesadumbrado. A los muertos, a las ánimas que vagan en esta basta naturaleza, no se les podía engañar con tretas de baratija ni simulacros de infantes; su naturaleza espectral atravesaba cualquier ilusión humana con la misma facilidad con que el viento atraviesa una cerca rota.

Al ver que no había escapatoria, Samuel ignoró el llanto de su esposa, dio un paso al frente y se cuadró frente a Luis, clavándole una mirada de pedernal.

Escúchame bien le advirtió Samuel, con un tono glacial que hizo que a Luis se le helara la sangre en las venas. Esta noche, antes de las doce, estaremos parados a las afueras de

las rejas del cementerio. Pero te lo advierto con el corazón en la mano: si llego a escuchar a lo lejos el más mínimo llanto del niño, o si veo que le pasa absolutamente nada, por pequeño que sea... te juro que se me olvidará por completo aquel sagrado día en que te elegí para ser su padrino. El mismísimo Dios me dará un motivo real y verdadero para ajusticiarte. Ya sabes que soy muy bueno con el rifle en el monte; te aseguro que será pan comido volarte la cabeza.

Luis asintió lentamente, con una solemne gravedad y los ojos anegados de lágrimas que ya no intentaba ocultar.

Te entiendo, compadre... y te lo agradezco con el alma respondió Luis, con la voz apenas un hilo tembloroso. Te juro que lo único que busco es que mi ahijado me preste su luz y su inocencia para sobrevivir esta noche... y vivir lo que me quede de vida con la conciencia limpia de haber salvado a los míos.

En ese exacto instante, un leve crujido en la entrada de la casa interrumpió el aire espeso del jardín. Tras el marco de la puerta apareció el pequeño Samuelito, tallándose los ojitos con las manitas y desperezándose con la inocencia propia de sus años. Al ver a su padre, corrió a toda velocidad y se le arrojó encima, rodeándole con un fuerte abrazo mientras le pedía la bendición con voz cantarina.

Samuel, con los ojos todavía brillando por la rabia y el llanto contenido, le acarició la cabeza al niño con ternura y, señalando con la barbilla hacia el visitante, le indicó:

Mi amor, saluda a tu padrino y pídele la bendición.

El niño giró el rostro, miró a Luis con total despreocupación y, con la voccecita tierna de la infancia, cumplió con el mandato. Luis sintió que el corazón se le estrujaba dentro del pecho; se acercó con torpeza, le dio su bendición al pequeño, y con las manos temblorosas, decidió alzarlo un momento en brazos. Fue un instante de una incomodidad insoportable, un silencio cargado de culpa donde cada res-

piración del niño sonaba como una condena y un recordatorio de lo que estaba a punto de arriesgar.

Con los ojos empapados, Luis bajó al niño con sumo cuidado, dio dos pasos atrás y, sin poder contener el peso de su humillación y su gratitud, se arrodilló directamente en la tierra polvorienta a los pies de sus compadres.

Con la voz completamente quebrada por el llanto, balbuceó:

No sé qué sería de mí sin ustedes... Si salgo vivo de esta pesadilla, no habrá riqueza ni moneda en este mundo que alcance para pagarles lo que están haciendo hoy por mí.

Samuel no soportó verlo así. Extendió su mano callosa, aferró el brazo de Luis con fuerza y tiró de él hasta obligarlo a ponerse de pie, mirándole con una firmeza inquebrantable en los ojos.

Levántate, compadre. Ya no hay tiempo para lágrimas le advirtió Samuel con tono seco, aunque la voz le temblaba ligeramente. Lo que importa ahora es mantener la cabeza fría y estar preparados.

Luis asintió con una nueva determinación brillándole en la mirada, un fuego oscuro y urgente que había desplazado al pánico inicial.

Iré a buscar los restos a la maleza... Estaré bien, no se preocupen dijo, dando la vuelta con pasos apresurados. Los veré allá en la noche. Por favor... no me fallen.

Se despidió de ambos con una última mirada cargada de una emoción indescriptible, corrió hacia su camioneta, encendió el motor y salió a toda prisa levantando una nube de polvo por el camino de tierra, devorado por la urgencia del reloj.

Al llegar a su casa, vacía y silenciosa, no perdió ni un solo segundo. Fue directo al fondo del taller y comenzó a apiilar las herramientas necesarias: una pala de hoja ancha, un pico resistente, herramientas menores y dos sacos de lona

limpios. Mientras palpaba el acero frío de los instrumentos, era plenamente consciente del trabajo físico, arduo y profundamente macabro que le esperaba antes de cruzar las puertas del cementerio.

Es mediodía... pero tengo que moverme ya murmuró Luis para sí mismo, tragándose la ansiedad que le quemaba la garganta. Si me confío, la noche me va a alcanzar allí.

Con la pala y el pico al hombro, y cargando un par de sacos de lona doblados en la cintura, Luis salió al patio y chistó a sus perros guardianes, unos animales recios y curtidos que habitualmente utilizaba para la cacería. Con los animales a su lado, comenzó a adentrarse en la profundidad de la sabana, donde anteriormente habían visto los restos.

Aunque el sol todavía brillaba con fuerza sobre el llano, Luis sentía un frío insoportable que le recorría la columna vertebral. Estaba aterrado. Mientras caminaba a zancadas por el sendero polvoriento, no dejaba de suplicar en voz baja, mascullando oraciones entrecortadas y persignándose una y otra vez, implorando a los cielos que lo protegieran de los malos espíritus que parecían susurrarle desde la maleza.

Sin embargo, daba la impresión de que la propia naturaleza se conjuraba en su contra para impedirle cumplir con su cometido.

De manera súbita, sin previo aviso, el cielo azul y despejado se vio devorado por un manto de nubes plomizas. Un viento helado sacudió la copa de los árboles y, al instante, un estallido de agua se precipitó sobre la sabana en un torrencial aguacero que lo empapó de pies a cabeza en cuestión de segundos. El agua caía con tanta fuerza que el horizonte se desdibujó por completo, convirtiendo el camino de tierra en un lodazal espeso y traicionero.

Los perros, que hasta hace un momento marchaban alerta junto a él, se detuvieron en seco. Dejaron de ladrar, sa-

cudieron las orejas con desesperación y, rompiendo la disciplina de caza, corrieron a refugiarse despavoridos bajo la frondosa copa de un enorme y viejo almendrón, negándose rotundamente a seguir avanzando.

Luis se quedó solo bajo la cortina de agua, tiritando de frío, con las botas en el fango y sintiendo que el peso de la tormenta no era solo meteorológico, sino una clara advertencia: no lo querían allí.

Luis luchaba con todas sus fuerzas contra el embate furioso del viento y la cortina de agua. La lluvia torrencial dificultaba notablemente su avance, y el barro espeso y pegajoso entorpecía cada uno de sus pasos, haciéndolo resbalar y tambalearse a cada momento. Sin embargo, a pesar del cansancio extremo y del frío que se le metía hasta los huesos, Luis perseveraba con una terquedad inquebrantable, impulsada únicamente por la profunda desesperación y la certeza de lo que tenía que cumplir si quería salvar a su familia.

Luego de horas de caminar bajo el diluvio, sorteando ramas caídas y charcos profundos, finalmente llegó al lugar.

En ese preciso instante, la lluvia comenzó a ceder de golpe, transformándose en una llovizna fina y fantasmal. Pero lo que encontró al levantar la vista lo dejó helado: aunque los alrededores estaban completamente inundados, convertidos en un cenagal, el área específica donde se encontraban los restos del difunto estaba insólitamente seca. El suelo de ese pequeño claro se mostraba agrietado y reseco, como si un verano infernal e implacable hubiera azotado únicamente ese rincón de la sabana.

Tragando saliva, con las manos temblando de respeto y temor, Luis se hincó de rodillas en la tierra seca. Uno por uno, con sumo cuidado y pidiendo perdón en silencio en cada movimiento, logró reunir y limpiar cada fragmento de hueso, depositándolos con reverencia dentro de los sacos.

Pero al terminar la labor y ponerse de pie, un escalofrío mil veces peor que el del agua lo recorrió de arriba abajo al mirar el cielo. La luz del día se estaba desvaneciendo con una rapidez antinatural; el sol se estaba opacando de manera prematura.

El viaje de regreso a su casa se convirtió en una pesadilla de horas interminables de caminata, tropezones, caídas y dificultades bajo la penumbra. Lo más aterrador no fue el esfuerzo físico, sino la extraña sensación de que el monte jugaba con él: en múltiples ocasiones tuvo la absoluta certeza de estar pasando una y otra vez por los mismos matorrales y los mismos árboles, atrapado en un laberinto invisible que parecía diseñado para hacerle perder la noción del tiempo. La naturaleza lo había encantado, robándole las horas del día en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando finalmente logró cruzar la puerta de su casa, exhausto, embarrado y con los sacos bien apretados contra el pecho, miró el reloj de la pared.

Las manecillas marcaban casi las diez de la noche, el tiempo se cernía sobre Luis con pesadez, llenando su corazón de un miedo paralizante. Una sensación macabra, una premonición oscura ya que en cuestión de minutos tendría que enfrentarse a lo desconocido, a lo que sea que lo aguardaba en las sombras del camposanto.

Llevaba el cuerpo cargado con el olor denso a tierra mojada y a hierro impregnado en su ropa por el manipuleo de los huesos. Sin darle tiempo siquiera de tomar un baño para quitarse el fango, se movió con rapidez por el taller. Tomó un saco de lona mucho más grande y resistente, y con pulso tembloroso pero metódico, acomodó allí todos los restos que había recolectado. Se aseguró de que quedarán bien distribuidos y cómodos en un solo bulto cerrado, fácil de cargar.

Tomó un par de linternas y con la espalda rígida por la

tensión, se deslizó el crucifijo que le había entregado el sacerdote dentro de la camiseta. Al sentir el peso helado del metal chocar directamente contra su piel, oculto a los ojos pero cerca del pecho, experimentó un atisbo de alivio; una leve y frágil sensación de protección en medio del abismo.

A sus espaldas, su esposa caminaba de un lado a otro murmurando oraciones y consejos que él apenas alcanzaba a distinguir. Eran palabras sinceras, frases que intentaban ser de ayuda, pero que con los nervios a flor de piel solo conseguían alterarlo aún más, acelerándole el pulso hasta rozar el pánico.

Ya no hables más, por favor... Necesito concentración alcanzó a murmurar Luis con la mandíbula tensa.

Sin mirar atrás, con la vista fija en la puerta, salió de la casa, se subió a la camioneta con el saco de huesos reposando firmemente a su lado giró la llave. El motor tosió con un sonido áspero, ronco, antes de estabilizarse. Luis bajó la mirada hacia su muñeca y vio la hora: las 11:00 de la noche.

Maldición... ¿Qué pasa hoy con el tiempo? pensó con desesperación, sintiendo que las horas se le escurrían entre los dedos como agua, devoradas por la prisa antinatural de la noche.

Pisó el acelerador y salió disparado hacia la carretera. Las luces cortas del vehículo rasgaban la negrura de un tramo solitario que serpenteaba peligrosamente entre maizales resecos y caseríos completamente dormidos. El ambiente dentro de la cabina olía intensamente a gasolina y a sudor, acompañado únicamente por el zumbido constante de los neumáticos.

De pronto, en medio de la velocidad, la camioneta dio un crujido seco y extraño, un chasquido metálico muy fuera de lo normal que vibró en todo el chasis.

Luis se aferró al volante con ambas manos, intentando

corregir el rumbo, pero al llegar a la siguiente curva, la rueda delantera derecha dejó de obedecer por completo. Los neumáticos patinaron con violencia sobre la gravilla, perdiendo tracción, y la camioneta se salió del camino de forma descontrolada.

En la cuneta, oculto entre la maleza alta como una trampa viviente, apareció un grueso tronco caído que asemejaba a un animal agazapado en la oscuridad.

No hubo tiempo para esquivarlo. El vehículo impactó de frente contra el madero con un estruendo metálico, y por un segundo, el mundo entero dejó de respirar.

El motor dejó de gruñir de golpe y las luces de la camioneta se apagaron por completo, sumiendo la cabina en una oscuridad sepulcral. A Luis no le quedó otra alternativa: con el cuerpo adolorido y la respiración agitada, se arrastró y logró salir a empujones por la ventanilla que había estallado con el impacto. Estaba lastimado; llevaba profundos rasguños en los brazos y un hilo tibio de sangre le resbalaba por la frente, marcándole el rostro.

Sin soltarlo ni un solo instante, apretó con fuerza el saco. El olor penetrante a óxido, sudor y tierra mojada que emanaba de los huesos se mezclaba con el de la gasolina derramada. Aquel peso sobre sus brazos no se sentía únicamente físico; era una carga macabra, un recordatorio constante de la culpa y de la oscura razón por la cual caminaba entre las sombras.

Buscó entre los restos del tablero y logró dar con una de las linternas. Al encenderla, el foco parpadeó de manera errática, emitiendo un haz de luz cansado, como el latido moribundo de un corazón, que apenas lograba perforar la negrura de la carretera. Miró el reloj con desesperación: apenas habían transcurrido unos pocos minutos desde el choque, pero cada segundo perdido era una condena. No lo pensó dos veces. Abandonó la camioneta varada, se echó

el saco al hombro y se lanzó a pie, corriendo a tropezones rumbo al cementerio.

Mientras avanzaba por la carretera, comenzó a escuchar ruidos y crujidos secos que se desplazaban de lado a lado entre los matorrales de la orilla. Quizás sea algún animal, intentó convencerse a sí mismo. Pero la sensación inequívoca de una presencia ajena, invisible y pesada que lo flanqueaba en la oscuridad le recorrió la columna con escalofrío.

Al transcurrir varios minutos de caminata frenética, con los pulmones quemándole por el esfuerzo, Luis levantó la vista y fijó el haz moribundo de la linterna hacia el fondo del camino.

Entonces, recortándose contra la pálida luz de la noche, se dibujó el contorno inconfundible de las viejas rejas de hierro del cementerio. Estaba ahí. Había llegado.

Faltaban exactamente diez minutos para la medianoche, Cuando llegó jadeante a la entrada, la escena era fantasmal. Sus compadres ya se encontraban allí, esperando de pie junto a las sombras, inmóviles y con la respiración contenida. Samuel mantenía el rifle colgado del brazo, mientras María custodiaba al pequeño envuelto entre mantas. Al ver llegar a aquel hombre ensangrentado, ambos se quedaron helados: Luis estaba completamente destrozado, cubierto de raspones, sudor frío y con la mirada febril de quien acababa de atravesar un infierno.

Apenas unos instantes para que el reloj marcara las doce, Samuel se movió con extrema cautela. Abrió la puerta y con una delicadeza casi reverente, sacó al pequeño Samuelito. El niño venía en una manta blanca y suave, durmiendo plácidamente, totalmente ajeno a la atmósfera densa, fétida y cargada de presagios que envolvía las inmediaciones del camposanto.

Con movimientos lentos y medidos, como si temieran

que una sola vibración pudiera romper su frágil existencia, se lo entregaron a Luis.

Al recibirlo, el contraste golpeó a Luis con la fuerza de un latigazo. El peso del niño en sus brazos se sintió extrañamente ligero, pero al mismo tiempo soportaba una carga colosal: el peso del compromiso más absoluto, de la culpa y del miedo a fallar. Con el brazo libre, Luis tuvo que inclinarse tomar el saco con los restos óseos, cuyas piezas chocaban entre sí con un tintineo sordo y metálico que parecía mofarse con cada uno de sus pasos.

Al ver que Luis se disponía a cruzar las oxidadas rejas del cementerio, Samuel retrocedió unos cuantos pasos hacia atrás, apartándose. Su rostro, iluminado por la pálida luz de la luna llena, adoptó una expresión de piedra.

Con precisión milimétrica, adoptó una postura de tiro firme y accionó el cerrojo: el chasquido metálico del rifle al cargar resonó seco, cortante y definitivo en el silencio sepulcral de la medianoche llanera.

Samuel alzó el cañón hacia el cielo nocturno en un gesto breve, musitó una oración rápida mientras se persignaba con la mano izquierda y, de inmediato, bajó lentamente el arma, fijando sus ojos oscuros y despiadados directamente en la mirada de su compadre.

La voz de Samuel brotó grave, ronca y cargada de una amenaza helada que no admitía réplica:

Si algo le llega a pasar... si escucho un solo llanto... no voy a dudar ni un segundo en atravesarte con una bala y dejarte tirado aquí mismo sentenció, con los nudillos blancos de tanto apretar el arma. Al fin y al cabo... estamos en el lugar perfecto para tu deceso.

Luis cruzó el umbral y la atmósfera del mundo exterior se desvaneció de golpe, tragada por una negrura espesa. A medida que avanzaba hacia el interior, la tierra bajo las suelas de sus botas comenzó a sentirse extrañamente blanda,

esponjosa y hundiéndose de manera antinatural, como si no estuviera caminando sobre el suelo firme del camposanto, sino sobre un lecho de tumbas recientes, de carne fresca y barro.

El hedor era insoportable. Un cóctel nauseabundo de humedad, cera de velas derretidas, coronas de flores marchitas y, dominándolo todo, el dulzón y pesado aroma a cuerpo en descomposición que exhalaban los sepulcros a su alrededor.

Cada paso se convirtió en un suplicio físico y mental. El crujido seco de las hojas muertas y las ramas quebradas bajo sus pies resonaba con un eco en el silencio de la medianoche, como si el cementerio entero estuviera amplificando deliberadamente su presencia para delatarlo.

El viento comenzó a soplar con una violencia súbita, helada y cortante, silbando entre las cruces de concreto y las lápidas. Pero no era un viento común; a medida que soplaba contra sus orejas, de forma clara y escalofriante, se transformaba en susurros de lamentos incomprensibles, voces de que parecían llamarlo por su nombre, rogándole que se detuviera.

A cada metro que avanzaba hacia el fondo, los brazos de Luis comenzaron a temblar. El cuerpo del niño y el saco con los huesos parecían multiplicarse en densidad, volviéndose pesados como el plomo, como si la gravedad tirara de ellos hacia abajo.

De pronto, rompiendo la quietud de las sombras, una jauría de perros emergió de la nada.

Eran animales callejeros, con manchas oscuras, que aparecieron. Comenzaron a seguirlo de cerca, lanzando gruñidos guturales y ladridos ensordecedores que desgarraban el aire. Lo más aterrador no era el sonido, sino sus ojos: las cuencas de los canes brillaban en la oscuridad con un fulgor amenazante.

Los perros se abalanzaron sobre él. Sus garras rasgaban la tela de su camisa y los colmillos mordisqueaban y tiraban con fuerza del saco donde reposaban los huesos, intentando arrebatárselo. Luis, con el sudor helado corriéndole por la frente y metiéndosele en los ojos, forcejeaba contra las bestias. Se aferraba al pequeño Samuelito con un desespero demencial, apretando los nudillos, al borde de la ruptura nerviosa.

Sin embargo, a pesar del caos, de los colmillos chasqueando a centímetros de su piel y de la violencia de la jauría, un detalle heló el alma de Luis con un terror profundo e inexplicable: el niño seguía durmiendo.

El pequeño Samuelito permanecía plácidamente dormido contra su pecho, con la respiración tranquila, totalmente ajeno al estruendo de los ladridos, al ataque de esas bestias y a la atmósfera cargada de muerte y desesperación que lo rodeaba. Su inocencia era una burbuja impenetrable y antinatural, sosteniendo el mundo de Luis en una danza macabra de sombras, gruñidos y terror puro.

A cincuenta metros de la gigantesca ceiba, los perros de la jauría que venían acosando a Luis se detuvieron en seco. Sus chillidos se apagaron de golpe, reemplazados por un temblor generalizado en sus cuerpos. Cuando Luis detuvo el paso y miró hacia atrás con el corazón en la garganta, vio algo que le heló la sangre: los animales no huían; estaban alineados en una perfecta y rígida posición de reverencia, con el hocico pegado al suelo y la cola en alto, apuntando directamente hacia la inmensa penumbra del árbol.

A cada paso que daba, la ceiba se imponía como una catedral de pesadilla. Sus raíces milenarias brotaban de la tierra como tentáculos titánicos y nudosos que se retorcían sobre tumbas. La frondosidad del follaje era tan densa que bloqueaba casi por completo la luz de la luna llena, creando un cono de sombra absoluta a sus pies.

De pronto, desde el centro mismo de las raíces más profundas, una masa de oscuridad se desprendió.

Emergió una bestia colosal de al menos tres metros de altura. Su complexión recordaba vagamente a la de un oso descomunal, envuelto en un pelaje negro, espeso y extrañamente erizado. Pero lo más aterrador eran sus ojos: dos esmeraldas verdes encendidas, felinas, profundas y cargadas de una inteligencia malévola. La criatura abrió las fauces y emitió un gruñido gutural, un sonido tan denso y primitivo que ni el más veterano de los cazadores en la sabana habría sabido reconocer.

Luis comprendió entonces, con un terror visceral, a qué le rendían tributo los canes.

Con un crujido seco y un desgarrar violento de sus garras contra el suelo, la bestia abrió en pocos golpes un hueco hondo y sepulcral. Retrocedió unos pasos con una elegancia depredadora, sin apartar jamás sus ojos del rostro de Luis, lanzó un comando.

No fue un sonido que viajó por el aire. Fue un golpe seco directo a su conciencia.

La voz de la bestia resonó en su cerebro con una autoridad inhumana, exigiendo: ARRÓJALO...

En el instante exacto en que el eco mental cruzó sus sienes, Luis sintió que un taladro invisible le perforaba el cráneo. Una jaqueca salvaje y desgarradora estalló en el centro de su frente, un dolor tan agudo y fulminante que le hizo abrir los ojos de manera exagerada, con las cuencas volviéndose completamente rojos y surcados por venas agrietadas. El peso del terror lo dobló sin piedad; las piernas le flaquearon y cayó de rodillas sobre el fango del cementerio.

El aire le quemaba los pulmones, el zumbido en los oídos amenazaba con reventarle los tímpanos y el mundo daba vueltas en una pesadilla giratoria. Sin embargo, en medio del delirio y con las manos crispadas por el espasmo, Luis

se negaba a ceder. Se aferró al pequeño Samuelito con un instinto animal, apretándolo contra su pecho con la fuerza de una promesa jurada.

Apoyándose en la desesperación, logró levantarse a tropezones, totalmente aturdido, con la mente zumbando y la sangre caliente escurriéndole por el rabillo de los ojos.

Dando pasos torpes, erráticos y pesados destruidos por el dolor, arrastró los pies hasta el borde del foso oscuro. Con los brazos temblando de forma descontrolada y la vista nublada por el suplicio, aflojó las amarras del saco de lona y dejó caer los restos óseos en la profundidad.

En el instante mismo en que los huesos cayeron, la bestia emitió un gruñido profundo y escalofriante. Aquella vibración sónica desgarró la noche, uno de los perros que guardaba reverencia rompió fila. Sin pensarlo, con una obediencia ciega y sobrenatural, el animal dio un salto y se introdujo de lleno en el hueco.

De inmediato, el suelo alrededor comenzó a retorcerse de forma violenta. Se desató una danza macabra de rocas, sangre, tierra, crujido de huesos y el lamento ahogado y agónico del can que se consumía, hasta que la superficie quedó nuevamente plana y sellada.

Del centro de la tierra emergió entonces la silueta del difunto: ya no era un cuerpo físico, sino un espectro translúcido, una sombra apenas delineada por la luz de la luna.

El espectro se deslizó con lentitud hacia Luis y, sin mediar, atravesó su mente de golpe, instalando su conciencia directamente en los pensamientos de él con una voz que sonaba lejana, como un trueno rodando en lo profundo de la sabana.

La cuenta ha quedado saldada...resonó la entidad dentro de su cráneo, con una paz helada y aterradora. Has de saber que el verdadero sacrificio no era el de aquel animal que se entregó. Eras tú. El tributo real que se exigía para consu-

mar mi paso al más allá, era tu propia vida.

Luis, temblando de rodillas y con la sangre seca en el rostro, contuvo el aliento.

Te salvaste por un margen invisible continuó el espectro, con la voz vibrando en cada fibra de su memoria. Te salvó el aferrarte a la vida con desesperación, la inocencia pura de este niño que proteges, y ese metal bendito que llevas oculto contra el pecho, que actuó como un ancla en contra de todo.

Una pausa sepulcral se adueñó de su mente, seguida de un peso que se cernió sobre los sentidos de Luis.

Sin embargo... de esta puerta no se cruza sin pagar le advirtió el ente con implacable serenidad. No te irás sin consecuencias. A partir de hoy, tus ojos y tus oídos ya no serán los mismos; esto es apenas una gota insignificante del poder inabarcable que se aguarda después de la muerte. Ahora... retírate.

El espectro se apartó lentamente, exhalando una última ráfaga de aire helado que olía a tierra húmeda y eternidad.

Vive el resto de tu vida, concluyó en su mente antes de desvanecerse por completo, con profundo respeto hacia la belleza y la furia de nuestro Creador.

La silueta del espectro comenzó a desvanecerse lentamente, disolviéndose en el aire pesado de la noche con la misma marcha de regreso con la que la bestia se internó de nuevo en la oscuridad de las raíces.

En ese preciso instante, como si el firmamento respondiera a la partida del ente, la luna llena emergió con una fuerza implacable, rasgando las nubes e inundando el cementerio con un resplandor fantasmal y plateado.

Sin vacilar un segundo más, con los músculos destrozados y las piernas temblando, Luis dio media vuelta. Se alejó a tropezones, dando pasos torpes y arrastrados por el fango. Su vista era ya una mancha borrosa, un borrón donde la

realidad se desdibujaba; solo guiado por su memoria instintiva del camino y por el destello de la luna, logró alcanzar las rejas del campo santo.

A lo lejos, recortados contra la pálida luz, distinguió los bultos desesperados de sus compadres.

Apenas cruzó el dintel, sintió cómo le arrebataban con desesperación al niño de los brazos. Sus fuerzas estiradas hasta el límite absoluto de la resistencia humana, finalmente se le agotaron. Sin poder dar un paso más, Luis se derrumbó por completo y se desmayó a sus pies.

Se despertó la mañana siguiente, bañado en un sudor frío.

Lo primero que experimentó fue un ardor excesivo y punzante en los ojos, como si el polvo se hubiera quedado grabado bajo sus párpados, acompañado por un pitido persistente y agudo en los oídos que parecía no tener fin, un eco constante como de otro mundo que lo acompañaría el resto de sus días.

Aun así, al abrir bien los ojos y mirar el techo de su casa, sus primeros pensamientos no fueron de lamento, sino de una profunda y helada aceptación. Comprendió que aquel tormento físico —los ojos ardiendo y el zumbido perpetuo— era un precio infinitamente menor que haber sucumbido a la oscuridad y condenado al sufrimiento eterno a su familia.

Aferrando con fuerza el crucifijo de metal contra su pecho y el cuerpo marcado por la experiencia, Luis cerró los ojos, imploró perdón por sus errores y agradeció en silencio al Creador por la vida que, de milagro, aún conservaba.

Visitas de otra casta

El camino había sido una lección de inmensidad. Horas de carretera serpenteante, flanqueada por las crestas firmes de las galeras y el destello colosal y majestuoso de un lago que parecía contener el cielo entero en su espejo de agua. Humberto conducía con el vidrio abajo, dejando que el aire tibio del llano le golpeará el rostro. Aunque su sangre guardaba el eco de otras tierras lejanas, en su infancia había crecido bajo el amparo de este mismo sol, aprendiendo a leer la sabana antes que los libros. Su destino era inequívoco: las famosas Ferias de El Baúl, en honor a la Virgen de la Candelaria, donde el fervor religioso se fundía con la fiesta brava, el aroma a carne en Vara, el trinar de las arpas y el galope sordo de los toros coleados.

Llegó cuando expiraban los últimos días de enero.

Apenas apagó el motor del vehículo, el aire cambió de densidad. Un martilleo rítmico, denso y cadencioso el repique de un arpa y el golpe de los capachos de un pasaje llanero cruzó el espacio abierto y se instaló directamente en su pecho, latiendo al unísono con su propia sangre.

Al bajar, los sentidos se le desbordaron de golpe. Frente a sus ojos se desataba un torbellino vibrante: una manada de ganado majaseando con elegancia, caballos de razas finas, de musculatura esculpida y pelajes que relucían, una mezcla embriagadora de humo de leña, carne asada, tierra caliente levantada por las pezuñas y el olor agrio del aguardiente.

Para Humberto, que llevaba el llano grabado en los huesos, aquello no era solo una fiesta; era un regreso. Caminaba con paso firme, dejando que sus ojos experimentados absorbieran el paisaje. Era un hombre de ritos sencillos: la

observación serena, el saludo respetuoso al conocido, el deleite pausado de la gastronomía.

Pero la tarde llanera, dorada y soberbia, comenzó a ceder ante el avance inexorable de la noche. Las bombillas amarillas y parpadeantes de los toldos se encendieron de golpe, proyectando sombras largas, distorsionadas y titilantes sobre los caminos de tierra.

Fue en ese preciso instante, mientras se detuvo a admirar un semental zaino de imponente estampa, cuando ocurrió el quiebre.

El animal, una mole de músculo y orgullo, de pronto enloqueció. Relinchó con un desgarré en la garganta y se descontroló de manera bestial, pateando las tablas del corral con una furia ciega, espantado por algo que los ojos humanos aún no alcanzaban a registrar.

Humberto sintió el cambio en la presión del aire a su lado.

No fue un golpe accidental ni un roce de muchedumbre. Con una lentitud helada, giró el rostro hacia la izquierda y tuvo que bajar la mirada.

Ahí estaba.

Un hombrecito que apenas rozaba el metro y medio de estatura. Pero la altura no era lo que encendía las alarmas, era la grotesca desproporción de su anatomía. Sus hombros eran absurdamente anchos, y su pecho tenía una forma esférica y abombada que le otorgaba un aspecto tosco, deforme, como si hubiese sido modelado a las apuradas con arcilla cruda y manos impacientes.

Llevaba un traje viejo y un sombrero que le quedaban inmensamente grandes, colgando como pellejos flojos sobre su cuerpo retorcido, como si vistiera las ropas robadas de un hombre que le duplicaba el tamaño.

Pero peor que su aspecto era el olor que desprendía: una mezcla empalagosa a humedad de atolladero, a monte des-

compuesto y a una soledad que helaba la sangre. Lo que cortó de tajo cualquier atisbo de curiosidad festiva fue el rostro de la criatura, cuya piel estaba teñida de un tono rojizo oscuro que parecía emanar desde las capas profundas de la carne, calcinada no por el sol implacable, sino por un fuego interno y secreto.

Bajo la sombra proyectada por el ala inmensa del sombrero, sus ojos se abrían como dos agujeros negros que no reflejaban el brillo titilante de las bombillas amarillas de los toldos; al contrario, sus cuencas parecían succionar la claridad del entorno, devorando la luz hasta dejar a su alrededor un absoluto vacío.

Esos ojos se clavaron en Humberto con una fijeza implacable, una intensidad tal que, en cuestión de segundos, le secó la saliva en la garganta y le paralizó el pulso.

El bullicio de la feria, el repique lejano del arpa, los gritos de los coleadores, el murmullo de la multitud, pareció desvanecerse, disuelto en un zumbido sordo que comenzó a taladrarle los oídos. En medio de la algarabía y el jolgorio de las Ferias de El Baúl, Humberto comprendió que la noche acababa de cerrarse sobre él como una trampa.

Buenas noches tenga usted, saludó el extraño con una formalidad inusual, empleando una voz que sonaba como un susurro rasposo, como si arrastrara arena seca. Me considero un coleccionista al igual que usted.

Humberto sintió que el frío le trepaba por la columna. Quedó desconcertado. ¿Cómo era posible? Aquello era una de sus pasiones más celosas y secretas; nadie sabía de sus hallazgos. Humberto coleccionaba monedas antiguas.

Atrincherado en la sorpresa y sin saber muy bien cómo reaccionar, solo atinó a asentir con la cabeza y mascullar un saludo seco:

Un gusto... Humberto.

Sin apartar de él esos pozos negros que hacían las veces

de ojos, el hombrecillo introdujo la mano deforme en el bolsillo de su saco desmedido y extrajo un viejo pañuelo de tela percutida. Al desdoblarlo con torpeza, unas cuantas piezas refulgieron bajo el parpadeo de las bombillas.

El corazón de Humberto dio un vuelco en el pecho. Era una colección impecable, de una perfección asombrosa. Y allí, reluciendo con un brillo metálico que parecía burlarse de él, descansaban las dos únicas piezas que le faltaban para coronar la obra de toda su vida.

Con una sonrisa torcida y sin rodeos, el hombrecillo fue directo al grano:

Solo le pido que realicemos un intercambio... un trueque, cambio, como mejor lo reconozca.

Clavando aún más su mirada cavernosa sobre el rostro de Humberto, sentenció:

Esta colección a cambio de lo que usted trae en el bolsillo.

Humberto metió la mano de manera automática y rozó el fondo de su pantalón. Le pareció un absurdo total: en ese bolsillo solo llevaba un simple fajo de billetes en efectivo para los gastos de la feria. ¿Cambiar una colección histórica, cargada de valor, por un puñado de papel moneda?

De inmediato, la sospecha le zumbó en los oídos. Aquel ser no quería el dinero. Buscaba otra cosa.

Mire, con mucha sinceridad, señor... eso es muchísimo más valioso que lo que yo cargo aquí logró decir Humberto, aunque la voz le temblaba y sus ojos no lograban apartarse del metal que completaba su obsesión.

Tratando de sacudirse el entorpecimiento mental que la visión de las monedas le provocaba, dio un paso atrás, decidido a dar la vuelta y continuar su caminata entre la multitud.

Pero antes de que pudiera mover el primer pie, el extraño lo detuvo con un movimiento antinaturalmente rápido. Y, por primera vez, bajo el ala inmensa del sombrero, el enano

dejó ver una chispa de oscura impaciencia.

El extraño no mostró frustración; al contrario, una mueca retorcida surcó su rostro calcinado.

Con extremidades lentas y calculadas, introdujo la otra mano en el bolsillo opuesto de su saco desproporcionado y extrajo un segundo pañuelo. Esta vez la tela era de una seda oscura, pesada y grasienta. Al desatar los nudos con una agilidad inquietante, el aliento de Humberto se cortó por completo.

No eran simples monedas de plata.

Bajo la luz parpadeante de la feria, el metal brilló con una opulencia antigua. Era oro puro, macizo y europeo, labrado con escudos borrosos y rostros de monarcas de imperios olvidados por el tiempo. Piezas ancestrales de un valor histórico y material incalculable, sostenidas con total naturalidad por unas manos pequeñas y deformes.

En ese preciso instante, el miedo físico se transformó en un terror sobrenatural que le heló la médula. Aquel individuo no era un hombre; ninguna persona caminaría por la feria con semejantes reliquias guardadas en los bolsillos como si fueran piedras comunes. Humberto terminó de caer en cuenta: estaba frente a algo antiguo, una entidad que no pertenecía a este mundo.

Solo acepte el trato dijo aquel sujeto enano.

La advertencia no viajó por el aire. La voz no entró por los oídos de Humberto, sino que se estrelló directamente, un golpe sordo y helado que paralizó sus pulmones y congeló su voluntad.

Atrapado en una pesadilla de la que no podía despertar, en un desesperado intento por cortar la conversación, Humberto metió la mano en su bolsillo y sacó el fajo de Bolívares, el efectivo que había reservado para costearse un par de días de comida y lujos en la feria. Con los dedos temblando de forma descontrolada, se lo extendió a la cria-

tura.

Tome... lléveselo. Gracias por mostrarme tales colecciones, son fantásticas y hermosas, pero no puedo aceptar... suplicó, con la voz quebrada en un ruego desesperado por escapar.

El hombrecillo tomó el fajo de billetes con una lentitud, palpando el papel moneda con el cuidado exagerado con el que se trata la gema más preciada y valiosa del mundo.

La sonrisa en su rostro rojizo se ensanchó de manera grotesca, estirando la piel calcinada y revelando una dentadura irregular, montada y sucia.

Aceptado, siseó con una satisfacción helada. Trato hecho. Y como muestra de agradecimiento por su gentileza, permítame invitarlo a cenar. ¿Qué le parece si compartimos la mesa?

Antes de que Humberto pudiera articular una sola negativa, el enano añadió con tono imperativo:

Usted espere allí, en aquella mesa.

Humberto parpadeó con fuerza, confundido por el repentino cambio en el aire. Cuando volvió a abrir los ojos, el paisaje de la feria se había esfumado. Ya no estaba rodeado por la multitud, el gentío ni los corrales de los toros coleados; se encontraba de golpe en una zona extrañamente aislada del bullicio.

Estaba junto a una mesa de madera tosca y carcomida, rodeada por un par de bancos viejos, situada bajo la sombra maciza de un viejo árbol cuya copa bloqueaba casi por completo la luz de la luna. Solo una bombilla opaca, colgada de una rama con un cable tembloroso, arrojaba una claridad enfermiza y amarillenta sobre el lugar. Aunque no muy lejos, hacia la periferia, se escuchaba todavía el murmullo lejano de un puesto de licor.

Antes de que su mente pudiera procesar el cambio de escenario, sintió un golpe seco. Con una fuerza antinatural y

desproporcionada, el hombrecillo lo sujetó con firmeza del brazo y lo empujó con brusquedad hacia el asiento.

Humberto se desplomó pesadamente sobre la silla de madera.

Al instante, una densa y paralizante tensión le recorrió las extremidades: sus pies se sintieron pesados como bloques de plomo y los músculos se le volvieron rígidos, como si la voluntad se le estuviera drenando a través de los huesos. Estaba atrapado en una trampa de hipnosis pura, prisionero de su propia parálisis, sabiendo con una certeza helada y punzante que lo que venía a continuación no era, bajo ningún concepto, una cena de cortesía.

El enano se desvaneció de inmediato entre la marea de gente, fundiéndose con el gentío y perdiéndose de vista mientras se arremolinaba entre los puestos de comida y los bulliciosos toldos de licor.

En el rincón apartado donde se encontraba Humberto, el contraste era absoluto. Aunque la música de la feria seguía retumbando a la distancia, el espacio bajo el árbol de mango estaba envuelto en un silencio opresivo, cortado únicamente por el golpeteo furioso y desbocado de su propio corazón.

No tardó en regresar. El hombrecillo emergió de las sombras de la multitud cargando con ambas manos una bandeja pesada.

Al depositarla sobre la mesa tosca, reveló una enorme parrilla humeante rebosante de trozos de carne oscura, yuca frita y crujiente, acompañada por una botella de ron añejo para él y una cerveza bien fría para Humberto. Era una escena de aparente normalidad, un banquete típico de sabana que contrastaba de forma brutal y enfermiza con la anomalía absoluta de quien lo servía.

El olor a carne asada y grasa caliente que en cualquier otra circunstancia habría despertado el apetito y la alegría

de la fiesta flotaba en el aire con un matiz pesado.

Brindemos, dijo el hombrecillo con una sonrisa estirada, levantando el vaso de ron. El líquido ámbar, bajo la luz sucia y parpadeante de la bombilla, pareció absorber el brillo y volverse ceniciento. ¡Por los tesoros, los que se tienen y los que se necesitan!

Atrapado en su propia inercia, con la voluntad profundamente dormida por la parálisis que lo ataba a la silla, Humberto levantó la cerveza con lentitud.

El frío del vidrio contra sus dedos fue el único estímulo que se sintió real en ese momento de delirio. Obligado por una fuerza invisible, bebió un trago largo y amargo, intentando sacudirse el entorpecimiento y despertar la razón. Pero el alcohol no despejó su mente; al contrario, hizo que la bruma se volviera más densa, espesa y pegajosa.

Mientras tanto, el hombrecillo devoraba la comida con una rapidez voraz y repugnante, desgarrando los trozos de carne con su dentadura irregular, sin modales ni clemencia.

Fue en medio de aquellos mordiscos salvajes, con la saliva espesa e hilos de grasa brillando en las comisuras de su boca de piel rojiza, cuando el extraño dejó caer los cubiertos y se inclinó hacia adelante.

Su voz cambió de registro. Abandonó el susurro áspero para adoptar un tono íntimo, un murmullo de confianza y complicidad que, para los oídos de Humberto, resultó infinitamente más aterrador que cualquier grito de advertencia.

Usted no lo entiende, Humberto... comenzó diciendo el extraño, con una lentitud calculada. Usted ve las monedas y solo ve oro e historias. Yo, en cambio, solo veo una carga.

Dejó caer el tenedor sobre la madera con un golpe seco y se inclinó aún más sobre la mesa, acortando la distancia entre ambos. En ese instante, los dos agujeros negros que tenía por ojos parecieron dilatarse, ensanchándose hasta

convertirse en pozos de una negrura absoluta que exigían, de manera tiránica, toda la atención y el alma del llanero.

Mi nombre es Koo tur continuó el ser, con un timbre que rasgaba el aire. Aunque en estas tierras su significado más cercano sea algo así como “Espinass de rocío”. Mi origen no proviene de este mundo; vengo de un reino cuyo nombre está prohibido revelar. Pero es un dominio que yace oculto en cada rincón donde exista nuestra hermosa, inmensa e infinita naturaleza.

Humberto sintió que el bocado de carne que intentaba tragar se le atascaba de golpe en la garganta, haciéndole toser con violencia y ahogándose en su propio terror.

Pero... ¿qué, qué eres tú? logró soltar un susurro áspero, con el pecho ardiendo.

Kootur esbozó una mueca que pretendía ser una sonrisa, dejando al descubierto sus dientes irregulares.

Según sus mitologías nos han llamado durante milenios “duendes”, y aunque la verdad sea otra, tampoco es que me importe explicarlo en este instante. Lo único que debes saber es que el creador de todo nos aisló de ustedes; y no hablo solo de nuestro reino, sino de todos los seres que sabíamos utilizar los poderes ocultos de la naturaleza a nuestro favor. Pero yo no soy un duende común de los que andan jugando con el ganado, enredando las crines de los caballos o haciendo travesuras. Yo soy un principado.

El ser levantó ligeramente el mentón, adoptando una arrogancia ancestral.

Nuestra sociedad está gobernada por un linaje real estricto. Mi padre es el Rey, el monarca supremo de nuestras tierras.

Humberto seguía clavado en la silla, con los músculos hechos piedra; la atmósfera alrededor de la mesa se había vuelto irrespirable, cargada de una estática pesada que zumbaba en los tímpanos.

Verás prosiguió Koo tur, bajando aún más el tono de voz, volviéndolo íntimo y venenoso, los duendes comunes se quedan en los límites, vigilando y cuidando aspectos menores de la naturaleza. Pero mi padre, en un acto de capricho real y severo, decidió que los de nuestra casta debían conocer la imperfección. Por eso, cada década, nos manda a explorar este reino.

El principado hizo una pausa, observando las monedas de oro que descansaban en su bolsillo, y exhaló un suspiro cargado de hastío.

Es una especie de exilio o paseo obligatorio. Lo único verdaderamente peligroso de este viaje es que, una vez que nos materializamos en esta dimensión, nuestros cuerpos etéreos se contagian de inmediato con sus pasiones y anhelos terrenales: sentir hambre, sueño, sed, e incluso esa necesidad física a la que llaman placer. Estamos condenados a satisfacerlos, aunque muchas de esas sensaciones nos resulten viles y repugnantes.

Por eso necesitamos este catalizador, prosiguió Kootur, su voz adquiriendo un matiz de profundo desprecio, un medio que ustedes los hombres han inventado para contaminarlo todo.

De pronto, el principado levantó la mano y golpeó la mesa con fuerza, haciendo saltar los platos. En su puño apretaba el fajo de billetes nacionales que Humberto le había entregado momentos antes en un intento desesperado por huir.

¡Unas simples hojas de papel flácido y miserable! escupió el duende, con un odio tan palpable que la atmósfera alrededor del viejo árbol de mango se volvió densa y punzante. Pero es lo que hay. Al menos lo obtenemos a cambio de nuestros tesoros, esos mismos que le pude mostrar y que usted se negó a recibir.

Kootur sacudió el fajo frente a los ojos aterrorizados del

llanero, como si le mostrara una ofensa imperdonable.

Los he acumulado durante mis visitas a lo largo de los siglos, y en esta oportunidad quise cambiar una parte por la moneda de la actualidad en esta parte del mundo. A pesar de que los metales siguen teniendo un valor incalculable, la humanidad actual ha tomado una afición ciega por este papel pintado. Hoy en día, solo con esta porquería es que se puede pagar para comer esta carne grasienta, beber este licor amargo y conseguir un techo miserable por una noche.

El duende soltó una risa seca, un sonido áspero que brotó de su garganta como el crujido de maderas viejas bajo un peso excesivo.

Míreme, Humberto... continuó, inclinándose aún más, con los pozos negros de sus ojos fijos en él. Es una tortura absoluta para alguien de mi jerarquía: verme reducido a depender de este maldito papel para saciar la simple y vulgar hambre que solo debería perturbar el cuerpo de un mortal.

Y lo peor de todo es que, cada vez que regreso, los cambios son más difíciles continuó Koo tur, con un tono de hastío profundo que parecía arrastrar siglos de observación silenciosa. Necesitan más y más de esa porquería para sobrevivir, para aplastar al prójimo y pisotear al que tiene menos. Y si el trueque no se da, la necesidad voraz nos consume por dentro y nos manda de vuelta a nuestros dominios con el alma marcada por la inmundicia de la avaricia humana.

El duende se recostó pesadamente en la silla, con los ojos oscuros y vacíos fijos en los restos de la carne sobre la mesa.

Usted, Humberto, me hizo un favor incalculable. Me permitió una cena en paz.

El llanero sintió un escalofrío helado que no tenía nada que ver con el viento de la sabana. Era un frío primitivo, el peso exacto de la revelación cayendo sobre sus hombros.

El duende leyó sus pensamientos con la misma pasmosa

facilidad con la que se lee una pancarta a la orilla del camino.

Por ahora, esta será mi última luna en este mundo añadió Kootur con una calma inquietante. Ya llevaba varios días de estancia y aún no había encontrado a un mortal con un corazón noble como el suyo. En décadas anteriores desde que suelo venir a estas festividades: comerciantes avispados, hombres de negocios, negociantes de ganado. Pero todos, a absoluta excepción de usted, han intentado engañarme, robarme o humillarme.

Koo tur, esbozó una sonrisa desprovista de toda compasión.

Sin duda, acabé con sus vidas —dijo Kootur con una frialdad que heló la madera.

Antes de que Humberto pudiera procesar aquellas palabras, el hombrecillo estiró uno de sus dedos largos y deformes, rozando apenas el dorso de la mano del llanero.

En ese milisegundo, la feria, las luces amarillentas y el rugido del joropo se apagaron por completo.

Humberto fue arrastrado por una grieta en la realidad, arrojado a un trance súbito y asfixiante en medio de la negrura densa de la sabana. Escuchó, a escasos centímetros de sus oídos, el chasquido húmedo de huesos rotos y los alaridos ahogados de una agonía sin consuelo.

En la penumbra, vio el rostro desfigurado por el pánico de Don José López, un conocido y ostentoso negociante de ganado de la región. Estaba tirado de espaldas en el barro, mientras sus articulaciones se partían y se doblaban hacia atrás en ángulos imposibles por una fuerza invisible. Un terror helado recorrió el alma de Humberto al comprender la verdad en un destello de horror:

Dios mío... el volcamiento de la camioneta en la vía... no fue un accidente de carretera. Fuiste tu...

A pocos metros, la visión cambió de golpe hacia un caño.

Allí, el comerciante que todos creían desaparecido se retorció agónicamente en la orilla, llevándose las manos al cuello mientras raíces y vegetación acuática emergían de la tierra, metiéndosele a la fuerza por la boca y la nariz para ahogarlo. El llanero soltó un grito al reconocerlo:

Y la noticia del pueblo... que se había ahogado ebrio en la laguna... tampoco fue así. Has sido tú todo este tiempo...

Junto a las visiones de muerte, una revelación aún más aplastante se le clavó en el juicio: la temible e ilimitada capacidad de los seres de la naturaleza. Comprendió, con un escalofrío mortal, que para entidades como Koo tur, la tierra no es simple barro ni la sabana un simple mapa; la naturaleza entera es su brazo armado. Tienen el poder, haciendo pasar sus atrocidades por meras tragedias cotidianas o desgracias del camino.

El choque psicológico duró apenas un pestañeo, pero el trauma fue devastador.

Humberto volvió en sí con un jadeo violento que le desgarró la garganta, casi cayéndose del banco. Tenía el corazón martilleándole el pecho como un animal acorralado y la frente empapada en un sudor frío.

Kootur mantenía la mano extendida sobre la mesa, observándolo con una calma siniestra, disfrutando el peso exacto del horror que acababa de sembrar en los ojos de él.

Víctimas puras de su propia codicia. Las atrocidades que la humanidad comete ya no tienen razón de ser; durante tanto tiempo he observado injusticias perturbadoras... La crueldad de esta especie es una oscuridad tan densa que a nosotros mismos nos cuesta comprender.

El hombrecillo clavó aún más sus ojos profundos en Humberto, y el llanero sintió de inmediato un cosquilleo extraño y punzante en las sienes. Sin previo aviso, una catarata de recuerdos familiares comenzó a desatar su curso en su mente: rostros de su infancia, la voz de su madre, risas

lejanas, todo desfilando como un río veloz de imágenes que se negaban a detenerse.

Usted, Humberto... a pesar de que por puro temor me dio ese dinero para salir del paso... realmente es diferente murmuró el ser.

Le agradezco dijo Kootur, en un indicio fugaz de algo muy parecido a la melancolía. Espero que, en los tiempos venideros, cuando vuelva a este mundo, encuentre a más humanos como usted.

La voz del hombrecillo comenzó a desvanecerse de golpe, volviéndose cada vez más lejana y etérea, semejante a un eco ahogado bajo el agua.

Repentinamente, la pesadez se rompió. Humberto parpadeó con fuerza, sintiendo que salía de un trance profundo, viscoso y pegajoso.

El silencio opresivo que había encapsulado su rincón desapareció de un tajo. El bullicio de la feria volvió a golpearle los oídos con una fuerza ensordecedora, y la luz amarillenta de las bombillas recuperó de golpe su brillo intenso sobre el camino.

El banco donde momentos antes se sentaba el extraño estaba completamente vacío. El plato con los restos de carne aún exhalaba un hilo delgado de humo tibio, y a su lado, abandonado sobre la madera, reposaba lo que había quedado del fajo de billetes. El vaso de ron y el hombrecillo se habían esfumado por completo, como si jamás hubieran pisado ese lugar.

Humberto se puso de pie de un salto, sintiendo el cuerpo ligero, milagrosamente libre de la parálisis que lo había mantenido atado.

Con un movimiento reflejo, estiró la mano para recoger el dinero sobre la mesa y guardarlo; pero en el instante exacto en que sus dedos rozaron el bolsillo para acomodarlo, el tacto contra la tela reveló una sorpresa pesada y fría.

Allí, ocultas en la profundidad de la tela, estaban las dos únicas monedas de plata que le faltaban para coronar su preciada colección.

Pero había algo más.

Junto a las piezas de plata, reposaba una moneda de oro española, antigua, de bordes rugosos por el paso de los siglos y un peso imponente. Lo más perturbador no era su tamaño, sino el tacto: desprendía un calor tenue, casi imperceptible, un latido metálico que parecía recordarle que la frontera entre el mundo de los hombres y la sombra del llano era, apenas, un velo muy delgado.

Humberto guardó las monedas en el fondo de su bolsillo, sintiendo el frío metálico de la plata y el latido tibio del oro español. Sabía, con una certeza intuitiva, que aquel no era un simple botín, sino una extraña compensación por su nobleza temerosa; un regalo de contornos oscuros y deudas invisibles que, sin embargo, cambiaría para siempre su destino y afianzaría su porvenir.

Sin llamar la atención entre el gentío que abarrotaba los espacios de la feria, el llanero se deslizó de regreso hacia la música y la luz, mezclándose de nuevo con la celebración.

Llevaba el tesoro bien resguardado junto a su cuerpo, pero en el centro del pecho cargaba con algo mucho más pesado: una nueva, inquebrantable y atemorizante visión sobre la frágil frontera que separa el mundo de los hombres de las sombras milenarias que habitan la sabana.

Caridad Gómez

El viento que bajaba de las crestas de las Galeras no olía a lluvia; olía a polvo viejo, a bosta seca y a algo más denso que se pegaba en el paladar. En el año de 1910, cuando el resto del país conversaba sobre decretos distantes en los ministerios de la capital, El Pao de San Juan Bautista se regía por leyes más antiguas y crueles: el tamaño del hierro de marcar, la distancia hasta el pozo de agua más cercano y la cantidad de rencor que un hombre podía acumular antes de apretar un disparador.

Allí, justo en la arruga donde la montaña de piedra arcillosa se derramaba hacia la sabana abierta, se levantaba la hacienda La Providencia.

No era un hato cualquiera. Don Tobías Gómez no había heredado únicamente setecientas hectáreas de pasto y bancos de arena donde la hierba crecía dura en abundancia. Había heredado la Manantial, una naciente de agua tan helada y cristalina que brotaba entre las hendiduras de la roca madre sin secarse jamás, ni siquiera durante los marzos más inclementes, cuando los chigüires mueren de sed sobre el lecho cuarteado de los caños. Quien poseía el agua, poseía la vida de las reses, la suerte de las cosechas y la envidia de los hombres de la cabecera del pueblo.

La casona de La Providencia estaba hecha para durar más que sus dueños. Sus paredes de bahareque tenían el grosor de un brazo completo; el barro, mezclado con paja brava y bosta de ganado criollo, había sido apisonado a golpes de mazo por el abuelo de Tobías. Las vigas del techo no eran de pino endeble, sino de corazón de araguaney y roble, maderas tan densas que mellaban las hachas y repelían la polilla como si fuera agua. Desde el corredor frontal, ador-

nado con tinajeros de arcilla que goteaban sin prisa sobre el musgo fresco, se podía contemplar el horizonte llano disolviéndose en una bruma dorada donde pesiaban los rebaños y las majadas de ovejas de lana sucia.

Durante cincuenta años, el apellido Gómez significó abundancia. Pero la abundancia, en un suelo donde el Estado era un fantasma que vestía caqui y portaba peinilla, es una provocación.

El problema de Don Tobías no era la sequía, ni los brotes de fiebre, ni las víboras que anidaban entre las matas de monte. Su verdadero calvario llevaba nombres y apellidos, burocracia provincial devoradora que despachaba desde la Prefectura de El Pao.

El Prefecto, Don Valeriano Prado, era un hombre de cogote ancho y dedos amarillentos por el tabaco, que jamás había amansado un potro o acomodado un cerco, pero entendía a la perfección el peso de las firmas sobre el papel sellado. A su lado operaba su sombra: el Comisario de campo, Braulio, un mestizo de ojos descoloridos como los de un bagre, cuya única destreza era saber qué alambre cortar a medianoche y qué hierro calentar a escondidas para borrar las marcas de origen.

Un hombre no es dueño de la tierra por haber nacido encima de ella, Tobías le dijo una tarde el Prefecto Valeriano, sentado en el chinchorro del despacho oficial mientras limpiaba las uñas de su mano izquierda con la punta de una navaja. La tierra es de quien puede pagar la paz para trabajarla. Y a usted, me parece, le está saliendo muy cara la paz.

Las presiones no llegaron como una embestida de toro embravecido, sino como las termitas que corroen el horcón central de una casa sin hacer ruido.

Primero fueron planillas de arbitrios municipales sobre el libre tránsito de mercancías. Si Tobías quería mover un lote de cincuenta toros hacia los mataderos de Tinaco, de-

bía pagar un “derecho de paso por camino público” que cambiaba de precio según el humor del Comisario Braulio. Si traía sacos de sal para el ganado desde las costas, la sal quedaba retenida en el peaje de la entrada hasta que el papel no llevara tres sellos de tinta, por los cuales el secretario del Prefecto cobraba un diezmo en efectivo.

Luego vinieron las inspecciones nocturnas. Braulio y cuatro hombres armados con Remington recortados se presentaban a las tres de la mañana en los corrales de La Providencia, afirmando que buscaban reses robadas a hatos vecinos. Revolvían la casa, espantaban a las bestias, pisoteaban los sembradíos de maíz y se marchaban al amanecer llevándose, en calidad de “depósito preventivo”, tres o cuatro terneros de la mejor casta.

Dentro de la casona, la atmósfera se volvió densa como el aire que precede a un ventarrón de mayo. Doña Rosalía, la esposa de Tobías, era una mujer de rostro enjuto y manos ásperas por el trabajo del queso, cuya risa solía llenar el corredor al atardecer. Con el paso de los meses, la risa fue reemplazada por un murmullo incesante de rosarios. Se pasaba las horas velando los candiles de grasa, mirando con pavor hacia el camino de polvo por donde la polvareda anunciaba la llegada de los hombres de la Prefectura.

Tobías no era un hombre cobarde; en sus años de juventud había derribado toros por la cola y enfrentado a tigres en la sabana alta. Pero no sabía cómo pelear contra un sello oficial ni contra una boleta de redactada por un juez que cenaba todas las noches en la mesa del Prefecto. El papeleo era una telaraña invisible; mientras más se sacudía para librarse, más se le enredaban las manos y las propiedades.

En el corazón de aquella tormenta silenciosa crecían tres hijas. Las gemelas, Clara y Josefina, muchachas de diecisiete años con una belleza frágil como de flores de apamates, aprendieron temprano a guardar silencio cuando escucha-

ban cascos de caballos acercándose al tranquero. La menor, Caridad, tenía apenas doce años cuando la persecución comenzó a asfixiar la hacienda. Era una niña de ojos oscuros, fijos y penetrantes, que heredó el carácter reservado de su padre y la costumbre de observar los detalles que los demás pasaban por alto: la forma en que el comisario miraba con codicia el metal del tinajero, o la manera en que el aire se enfriaba bruscamente cada vez que las autoridades cruzaban el lindero de La Providencia.

El golpe definitivo contra el espíritu de la familia no lo dio una enfermedad, sino la extorsión. Un día de noviembre, amparado en una supuesta deuda de contribuciones territoriales que se remontaba a las guerras civiles de finales del siglo anterior, el Prefecto mandó a embargar la mitad del rebaño de ovejas y la mejor franja de siembra cerca del manantial.

Doña Rosalía no aguantó el despojo. Esa misma noche la fiebre la devoró por dentro. No fue una fiebre de picadura de alacrán; fue la fiebre seca de la impotencia. Murió tres días después, mirando fijamente la viga del techo de su cuarto, con la boca casi abierta como si intentara pronunciar una maldición que se le quedó atravesada en la garganta.

Tobías la enterró bajo el sombrero de un roble gigantesco en el límite este de la propiedad, sin campanas, ni cura, porque el cura de El Pao exigía una suma en pesos de plata que la familia ya no tenía.

Tras la muerte de la madre, el acoso no cesó; se volvió personal. El Comisario Braulio comenzó a merodear la casa a plena luz del día, amparado en su chapa de bronce, haciendo comentarios maliciosos sobre la edad de las gemelas y sugiriendo que “una buena alianza con la autoridad” podía hacer desaparecer todos los expedientes judiciales.

Atemorizado por la posibilidad real de que sus hijas ma-

yores fueran agredidas o raptadas por esa partida de hombres, Tobías tomó una decisión desesperada. Vendió a precio de gallina flaca las pocas mulas que le quedaban y envió a Clara y a Josefina en una carreta de víveres hacia la ciudad de Valencia, al cuidado de una tía lejana, lejos de la codicia de los políticos de El Pao.

La casa grande se quedó en silencio. De las risas, el bullicio de los peones y el trajín de las faenas de ordeño solo quedaron dos sombras recorriendo los pasillos: Don Tobías, avejentado y doblado por el peso de las deudas inventadas, y la pequeña Caridad, que en medio de la desolación de La Providencia comenzaba a dejar de ser una niña para convertirse en la única heredera de una tierra maldita por la envidia.

Los años no limpiaron la marca de la tragedia en La Providencia; apenas la cubrieron con una capa fina de hierba seca. Para 1916, Caridad había dejado de ser la muchacha esbelta que se escondía tras el tinajero de barro. Había crecido con la dureza reservada de la sabana, desarrollando una serenidad fría y una mirada de ojos oscuros que no pestañeaban con facilidad. Manejaba el cuchillo de capar con la precisión de un cirujano rural y conocía la huella de cada res de la zona como si estuviera impresa en su propia mano.

Don Tobías, por el contrario, se consumía. El anciano caminaba arrastrando la pierna izquierda, secuela de una embestida de toro que nunca sanó bien, y pasaba las tardes sentado en el corredor frontal, con la vista clavada en la silueta curva de Las Galeras. Su conversación se había reducido a un murmullo amargo de cifras y linderos.

La salvación de la familia vino en forma de un baile en el hato La Cañafístula, a dos leguas hacia la sabana de abajo.

Fue allí donde Caridad conoció a Mateo Rondón. Mateo era el único hijo de Don Silvestre Rondón, un criador de caballos de paso firme y reputación intacta que había logra-

do mantener sus tierras al margen de las garras del Prefecto Valeriano Prado a fuerza de prudencia y alianzas antiguas. Mateo no era un hombre de palabras adornadas. Tenía los hombros anchos de quien tira de la sogá desde los doce años, las manos marcadas y una risa franca que parecía espantar la sombra pesada que Caridad llevaba a cuestras.

Mateo no vio en Caridad a la hija despojada de un viejo arruinado; vio una fortaleza callada que encajaba con la suya. El cortejo fue breve, madurado bajo la mirada vigilante de las viejas del pueblo y las caminatas a la orilla del arroyo al atardecer.

Al notar que la vida se le escapaba entre los dedos y temiendo que al morir la Prefectura declarara La Providencia como “tierra baldía” para subastarla entre los allegados del gobierno, Don Tobías convocó a la familia Rondón. En la gran mesa de cedro de la casona, alumbrada por dos candelas de cera de abejas, se firmó el acuerdo. Don Silvestre aportaría cincuenta novillas de vientre y dos padrotes; Mateo se mudaría a La Providencia para levantar los cercos y plantar cara a los abusos; y Tobías cedería en vida la titularidad del manantial y las tierras a la nueva unión.

La boda se celebró en la capilla de El Pao con la brevedad de un funeral. Apenas tres semanas después, Tobías Gómez exhaló su último aliento mientras dormía. No hubo agonía; simplemente su corazón cansado se detuvo, como si hubiese esperado únicamente a ver a su última hija amparada antes de rendirse. Fue sepultado al lado de Doña Rosalía, bajo la sombra espesa del roble.

La llegada de Mateo transformó la casona. La madera vieja crujió de nuevo con el trajín del trabajo diario; el humo del fogón volvió a levantarse espeso y blanco desde la madrugada, oliendo a café recién molido y arepas de maíz tierno cocidas sobre el budare.

Mateo era un trabajador incansable. Levantó más de tres

mil metros de alambre de púas, reparó los corrales de ordeño con horcones nuevos de corazón de guayacán y limpió los pozos del manantial. Con el ganado aportado por los Rondón y la feracidad natural de las tierras de La Providencia, la hacienda comenzó a florecer con una rapidez que asombró a los peones de la zona.

En 1918 nació Tomás, el primer hijo. Era un niño robusto, de tez morena y ojos vivaces que aprendió a gatear sobre los pisos de tierra apisonada persiguiendo a las gallinas. Dos años más tarde, en la temporada de las lluvias de 1920, la bendición se multiplicó con la llegada de los gemelos, Santiago y Mateo Hijo.

Durante tres años, la casona de La Providencia conoció lo que parecía ser una paz definitiva. Mateo regresaba al atardecer cubierto del barro noble de la faena, cargando a los gemelos en los brazos mientras Tomás corría a mostrarle los nidos de pájaros que encontraba entre los matorrales del patio. Caridad, aunque mantenía su temperamento reservado, sonreía al ver a sus hijos crecer sanos en la misma tierra donde ella había visto desplomarse a sus padres.

Pero la prosperidad en las faldas de La Galera no pasa desapercibida. Apenas dos leguas al norte, en la Prefectura de El Pao, los libros de cuentas registraban el renacimiento de La Providencia con la precisión de una sentencia.

Don Valeriano Prado había envejecido, pero su avaricia se había refinado. Usaba violencia descarada peor que en sus primeros años; una burocracia más fría, asistido siempre por el Comisario Braulio, cuyo rostro curtido por el sol parecía el de una calavera de madera.

Una mañana de clima seco, cuando el polvo de la sabana se pegaba a las paredes de la casona, la partida de la Prefectura volvió a cruzar el tranquero de La Providencia. Venían a paso lento, portando carpetas de cuero y documentos con sellos oficiales de la capital del estado.

Una bonita familia, Mateo dijo el Comisario Braulio, desmontando con pausada insolencia mientras estiraba las piernas y fijaba la mirada en los gemelos que jugaban cerca. Es una lástima que el suelo que pisan no sea tan firme como las estacas de tus corrales.

El Comisario presentó una nueva resolución: el Gobierno del Estado había decretado un “impuesto extraordinario de fomento agrícola y vialidad” para todas las propiedades adyacentes a las fuentes de agua dulce en la falda de las montañas. La cuota asignada a La Providencia no estaba calculada en moneda corriente, sino en reses en pie: 10 cada tres meses.

Eso es más de lo que produce la hacienda en todo un año de parición respondió Mateo, manteniendo la voz firme, pero apretando los puños a los costados.

Es la ley, muchacho intervino el secretario de la comisión, un hombre flaco de anteojos que jamás miraba de frente. Quien no paga la cuota de vialidad demuestra desacato a la autoridad civil. Y los desobedientes terminan con los grilletos puestos en la cárcel o viendo cómo el Estado remata sus bienes para saldar la mora.

Ahí comenzó el estrangulamiento sistemático.

Mateo luchó con desesperación. Viajó a la capital, vendió los pocos caballos que le quedaban para pagar defensores y redactar recursos de amparo que los jueces archivaban sin leer. Cada mes, el Comisario Braulio y sus hombres se presentaban puntualmente para arrear los mejores ejemplares de la manada. Si Mateo protestaba, los guardias encañonaban a los peones con sus fusiles y amenazaban con llevarse arrestado a todos por resistencia a la autoridad.

En menos de dos años, los corrales que Mateo había reconstruido con tanto esfuerzo comenzaron a verse desiertos. El rebaño de vacas de ordeño se redujo a la mitad, los sembradíos de maíz tuvieron que abandonarse porque no

había dinero para pagar peones, y el grano almacenado en las trojas tuvo que entregarse para pagar “multas por mora”.

La escasez, esa vieja sombra que Caridad conocía tan bien, volvió a cruzar el umbral de la casona. Pero esta vez no encontró a una niña asustada; encontró a una mujer en cuya mente comenzaba a germinar un odio oscuro, frío y absoluto contra la autoridad, contra el pueblo de El Pao y contra la propia tierra que parecía condenarlos a la miseria.

Para finales de 1922, el cerco sobre La Providencia se había cerrado por completo. Las presiones tributarias, los decomisos nocturnos y la constante extorsión redujeron los graneros a tablas vacías y los corrales a solares polvorientos. El Prefecto Valeriano Prado y el Comisario Braulio ya no disimulaban su ambición: las solicitudes de embargo sobre la totalidad de las tierras y el codiciado Manantial reposaban listas, esperando únicamente el golpe definitivo.

La madrugada del 14 octubre de 1922, la niebla bajaba pesada desde la Galera, sofocando el canto de los grillos.

Caridad se había levantado en silencio, tomando la lámpara de kerosén y de tubo de vidrio que Mateo le había traído de Valencia en su último viaje. Salió al patio trasero para dirigirse a la letrina, ubicada a unos metros de la estructura principal de la casona.

Estaba acomodándose la bata tras hacer sus necesidades cuando un crujido seco y ensordecedor retumbó en la penumbra del patio: el impacto brutal de un hacha derribando la puerta principal de madera.

El golpe la hizo levantar la cabeza de impacto, con el corazón congelado. Rápidamente se arregló la bata y, con instinto de supervivencia, dejó la lámpara encendida sobre la repisa de la letrina para no delatar su posición con la luz. A pasos lentos, cautelosos y pegada a las sombras de las paredes externas de bahareque, se acercó a la casa para atisbar por las rendijas de las tablas.

No hubo aviso previo. El Comisario Braulio y una partida de hombres armados irrumpieron violentamente. Mateo saltó de la cama intentando alcanzar el machete colgado en el horcón, pero fue reducido a golpes de culata antes de poder desenfundar. Entre gritos y empujones, los esbirros arrastraron a Mateo y a los tres niños hacia el corredor frontal, alineándolos sin compasión contra la pared.

Desde su escondite en la sombra exterior, Caridad escuchó el interrogatorio:

¿Dónde está tu mujer, Mateo? exigió el Comisario Braulio con voz destemplada.

Mateo junto a el pequeño Tomas de apenas cuatro años se encontraba tiritando de pavor, y los gemelos abrazados a las piernas de su padre sin entender la pesadilla que irrumpía en su hogar, tratando de ganar tiempo, respondió con firmeza sin bajar la mirada:

Ella no está aquí... Se fue hace días a ver a sus hermanas.

Se acabó el tiempo de mentir, Mateo sentenció el Comisario sacando su revólver.

Antes de que Mateo pudiera agregar una palabra, retumbó el sonido ensordecedor del plomo. Las detonaciones ráfaga atravesaron el bahareque y las tablas de la pared, rozando peligrosamente el escondite de Caridad. Agazapada en la oscuridad, Caridad se cubrió la boca con ambas manos para ahogar los gritos, tiritando en un desgarrado silencio mientras su mente se perturbaba ante la matanza instantánea de su esposo y sus pequeños hijos.

El silencio que siguió a las detonaciones fue absoluto y delatador. En medio de la sofocante penumbra, un leve sollozo incontrolable se le escapó a Caridad de entre los dedos.

El Comisario Braulio alzó la mano de inmediato, deteniendo a sus hombres.

Silencio... susurró con voz de cazador. Hay alguien afue-

ra. Busquen.

Caridad notó cómo la luz amarilla de las linternas de carburo comenzaba a filtrarse por las esquinas de la casona, aproximándose hacia donde ella estaba agazapada. El pánico venció a la parálisis. Sin pensarlo dos veces, corrió en sombras hacia la letrina, tomó la lámpara de kerosén encendida y se lanzó a la fuga hacia la sabana abierta.

El movimiento delató su silueta en la noche.

¡Allá va! ¡Fuego! gritó uno de los esbirros.

Una lluvia de disparos comenzó a cortar el aire a su alrededor. Los gritos de “¡Alto!” en medio de la negrura la enloquecían de terror, haciendo que corriera con las fuerzas del desespero entre los matorrales.

¡Cesen el fuego, carajo! Ordenó el Comisario Braulio tajantemente, haciendo bajar las armas de sus hombres. El ruido va a alertar a los hatos vecinos. La búsqueda se hace en silencio y a paso lento. No tiene a dónde ir mucho menos en medio de la noche.

Los tres hombres enfundaron las escopetas y emprendieron la cacería a pie, adentrándose a paso firme y silencioso entre la vegetación amarga, siguiendo el sutil destello de la luz que huía en la lejanía.

A la altura de los desolados Bancos de Paraima, las piernas de Caridad flaquearon bajo el peso del cansancio, el dolor y el terror. Cayó derrotada boca arriba sobre la arena fría y los matorrales secos. A su costado, la linterna de kerosén seguía ardiendo con una llama temblorosa que iluminaba su rostro bañado en lágrimas; ya ni siquiera tenía fuerzas para hacer el esfuerzo de apagarla o esconderse en la maleza. Sabía perfectamente lo que le esperaba.

Comenzó a llorar, un llanto seco y desgarrador, y entre profundos sollozos repetía los nombres de sus pequeños y de su esposo, maldiciendo en un susurro febril a los hombres que la perseguían, a esas bestias que le habían arruina-

do la vida y arrebatado todo lo que amaba.

Siguiendo la luz de la lámpara que cortaba la negrura de la sabana como un faro en la noche, el Comisario Braulio y sus esbirros habían avanzado a pie por los atajos. Eran sabuesos humanos, moviéndose en absoluto silencio entre barro y la paja brava, impulsados por la sola obsesión de no dejar un solo testigo vivo.

El crujido seco de las ramas secas bajo las botas, a solo un par de metros de su cabeza, le congeló la sangre.

Sabiendo que su final era inminente y negándose a mostrar cobardía ante sus verdugos, Caridad estiró los brazos con desesperación, tomó un puño de tierra fría de la sabana entre sus dos manos, cerró los ojos, suspiró profundamente y enfocó su vista por última vez en las estrellas lejanas de la madrugada.

El pecho le dolía. La confusión la abrumaba hasta el delirio.

Dios... ¿cómo tú puedes permitir estas injusticias a personas nobles como nosotros? sollozó al cielo con la voz quebrada.

De inmediato, la expresión de dolor en su rostro se transformó en una mueca de pura furia. Abrió los ojos con desatada rabia, fijó la mirada y exclamó al firmamento:

¡Al menos permíteme, después de la muerte, vengarme de esos demonios infernales! ¡Permíteme volver! ¡Malditooooos!

Antes de que pudiera pronunciar una palabra más, las botas y las rodillas del Comisario Braulio se estrellaron contra su pecho, cortándole el aire de golpe.

Caridad no tuvo tiempo ni de levantarse; el Comisario se abalanzó sobre ella, hincando las rodillas sobre su pecho y apretándole la garganta con sus manos enguantadas hasta asfixiarle el último aliento de vida.

Demasiado ruido para una sola mujer Caridad, escupió a Braulio con desprecio, apartándose de encima del cuerpo

inmóvil. Haz el trabajo rápido. Que parezca lo que el Prefecto ordenó.

Siguiendo las órdenes de una mente enferma, uno de los hombres sacó del morral una serpiente cascabel que habían capturado días antes en unos matorrales. Con una horqueta de hierro, la depositaron cerca del cuerpo aún tibio de la joven madre, obligando al reptil alterado a morder con saña la pierna inerte. Dejaron las marcas de los colmillos bien visibles, asegurando la coartada perfecta.

A la mañana siguiente, el Comisario Braulio y el Prefecto Valeriano se presentaron ante la población de El Pao con la serenidad calculada de quienes se saben dueños de la verdad oficial. Ante los vecinos consternados y los peones de las comarcas vecinas, declararon que Caridad Gómez, víctima de una “locura repentina y diabólica”, había disparado a quemarropa contra su propio esposo y sus tres pequeños hijos alineándolos en el corredor de la casona, para luego huir desorientada hacia la sabana de El Baúl, donde finalmente encontró el “castigo divino” al ser mordida por una serpiente cascabel mortal a la altura de los Bancos de Paraima.

El impacto de la noticia sacudió al pueblo y cayó como una bomba sobre la familia Rondón. Donde los parientes de Mateo, sumidos en la furia y en un dolor sofocante, corrieron a La Providencia. Entre sollozos y rezos desgarradores, recogieron los cuerpos ensangrentados de Mateo, del pequeño Tomás y de los gemelos Santiago y Mateo Hijo. Los llevaron al pueblo, donde la comunidad entera los acompañó en un velorio multitudinario, dándoles santa y cristiana sepultura con cruces de cedro en el cementerio sagrado de El Pao.

Mientras la familia de Mateo recibía el consuelo del pueblo, el destino de Caridad fue trágicamente opuesto.

Ciegas de indignación por la monstruosidad que le atri-

buía el informe, las autoridades prohibieron que el cuerpo de Caridad fuera llevado al campo santo. Allí mismo, donde yacía a la orilla del camino en los Bancos de Paraima, el Comisario ordenó abrir una fosa improvisada. Sin amortajarla, sin un solo rezo ni el perdón de los suyos incluso bajo la mirada llena de desprecio y rencor de la familia Rondón y la población, que creyó ciegamente el engaño, tiraron su cuerpo en la tierra seca. Cubrieron la fosa con la misma arena amarga junto a cualquier registro de ella y le dieron la espalda para siempre.

Para Mateo y los niños hubo lápidas, velas y flores; para Caridad, solo el olvido rabioso, una tumba sin nombre a la orilla de la carretera y una condena social que sepultó la verdad.

Las tierras de La Providencia y el codiciado Manantial pasaron sin demora a manos de las autoridades.

La venganza no llegó como una tormenta repentina; llegó como una infección lenta que se fue colando por las rendijas de sus mentes. Caridad no reclamó en un solo acto de violencia física; primero los despojó de la razón, usando sus propias culpas, el silencio opresivo del llano y el peso de su juramento.

El primero en caer fue uno de los esbirros de la partida, el peón que había ayudado a someter a Mateo en el corredor de la casona.

Apenas tres semanas después de haber enterrado el cuerpo de Caridad, el hombre comenzó a escuchar sonidos extraños dentro de su propia casa. Cada medianoche, justo cuando el viento se apagaba sobre los pastizales, del interior de los horcones principales de la pared comenzaba a brotar un llanto fino y sofocado, como el de una mujer que sufre atrapada en la oscuridad. La paranoia lo devoró en cuestión de días. Convencido de que ella estaba en su cuarto, tomó un hacha y comenzó a picar furiosamente las paredes de

barro hasta dejar la casa en ruinas. Una madrugada, los vecinos lo encontraron tirado en medio del patio destruido: yacía de espaldas, con los ojos llenos en sangre fijos en el firmamento y la boca completamente atascada de tierra.

El segundo esbirro, el encargado de cargar el saco con la serpiente cascabel, sufrió una condena aún más perversa.

Mientras realizaba una faena nocturna cerca de las de Las Galeras, divisó a lo lejos el destello tenue de una lámpara al borde del camino. Creyendo que se trataba de un caminante perdido, apuró el paso. A medida que se acercaba, la figura de la mujer comenzó a deformarse ante sus ojos: sus articulaciones crujieron con el sonido seco de ramas quebrándose, y flotando a centímetros del suelo.

El hombre no pudo gritar. Al día siguiente fue hallado vagando a ciegas entre las matas, completamente catatónico, rascándose la garganta con furia y desollándose la piel con las uñas en un intento desesperado por “sacarse las serpientes que le caminaban por dentro”.

El Comisario Braulio no pudo escapar. Para él, el castigo fue minuciosamente personal.

Comenzó con el sentido del gusto. No importaba qué comiera o qué bebiera; cada sorbo de agua, cada bocado de carne o cada trago de aguardiente le sabía a orinas y barro. Luego vino la presión en el pecho. Todas las noches, al meterse bajo el chinchorro, sentía un peso insoportable sobre las costillas: el peso exacto y sofocante de sus propias rodillas, aplastándole los pulmones.

Una madrugada de luna llena, la temperatura dentro de su habitación cayó a niveles helados.

En la esquina más oscura del cuarto, la penumbra comenzó a rasgarse para dar paso a la luz amarilla y enfermiza de la lámpara de kerosén. La figura de Caridad se erigió frente a él, meciéndose suavemente en el aire. No tenía rostro definido; en lugar de facciones humanas, su cabeza

exhibía una cavidad oscura y comenzó a susurrarle al oído, una letanía incesante de nombres y fechas.

El murmullo no se detuvo en toda la noche. Tampoco la noche siguiente, ni la otra.

Incapaz de conciliar el sueño, aterrorizado por la luz amarilla que lo perseguía en cada rincón oscuro y sintiendo que las voces le perforaban el cerebro, el Comisario Braulio perdió los últimos vestigios de cordura. La cuarta noche, en un desespero febril por silenciar las voces que le retumbaban en el cráneo, tomó su propio cuchillo y se atravesó los tímpanos, desangrándose en el suelo de su habitación mientras la luz amarilla parpadeaba suavemente sobre su cadáver.

El Prefecto Valeriano Prado presencié el desmoronamiento de sus hombres con un terror frío que intentó ahogar en botellas de ron. Pero la deuda contraída con el suelo de La Providencia no se saldaba con alcohol.

Una noche decidió huir hacia San Carlos para refugiarse en la capital, una densa bruma bajó de las montañas cubriendo el camino real. A mitad del trayecto, el aire a su alrededor se volvió denso y espeso, oliendo a carne de res descompuesta y aceite quemado. Su caballo, aterrorizado por un olor invisible, comenzó a relinchar desbocados.

Valeriano vio la luz.

Estaba en la orilla del camino, avanzando al mismo ritmo del galope. Al lado de la luz, el cuerpo cadavérico de Caridad lo miraba fijamente. Había rabia en sus ojos oscuros, con la certeza de que la hora había llegado.

Su caballo enloqueció y arranco a galope fuerte y trágicamente en la curva de La Leona, cayendo por el barranco entre piedras y matorrales. Cuando la comisión de auxilio encontró el cuerpo del Prefecto al día siguiente, tenía marcas profundas de golpes por la caída; constataron con que el hombre había muerto, con la cavidad bucal destrozada.

Las autoridades que destruyeron a la familia Gómez pagaron. Sin embargo, el sufrimiento, la injusticia y la furia contenida en el último aliento de Caridad no se disiparon con la muerte de sus verdugos.

Aquella entidad quedó atada para siempre a la geografía del lugar, condenada a vagar como un alma en pena entre la curva de Las Galeras, las faldas de la montaña y los desolados Bancos de Paraima.

Con el transcurrir de las décadas, la verdadera historia fue sepultada por la versión oficial que las autoridades dejaron escrita en los folios viejos del pueblo: la mentira de la mujer que enloqueció y masacró a su familia. Y en la memoria colectiva del Llano, la verdad sobrevivió en forma de mito.

Hoy en día, los camioneros, arrieros y viajeros que transitan la vía solitaria a altas horas de la noche saben que hay sombras que no pertenecen a este mundo. Saben que cuando la bruma baja de la montaña y la temperatura cae, no hay que mirar hacia la orilla de la carretera. Porque allí, aguardando en la negrura de la medianoche, camina la figura solitaria de La Muerta de Las Galeras, portando sobre su cabeza una luz amarilla que nunca se apaga con el viento, esperando eternamente a que alguien se atreva a cruzar por sus dominios.

Más allá que un susurro, de Francisco Méndez
Viloria, se terminó de editar electrónicamente en
San Carlos, República Bolivariana de Venezuela, en
noviembre de 2026 bajo los cuidados del Fondo
Editorial Ramón Villegas Izquier.

En su edición se utilizaron fuentes Adobe
Garamond Pro y Calibri.



Francisco Méndez Viloria nació en San Carlos, estado Cojedes (1993), dedicado al estudio de las estructuras dramáticas y la narrativa de ficción, debuta en el terreno literario con esta antología de relatos. Profundamente atraído por el misterio y la tradición oral, su estilo destaca por construir atmósferas intensas donde la intriga, lo paranormal y las raíces culturales convergen en tramas de alto impacto psicológico. A través de una prosa evocadora y directa, sus historias exploran las sombras y la condición humana, ofreciendo al lector un viaje inolvidable.

ISBN: 978-980-8187-08-3



9 789808 187083

